

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII
N.º 298

BUENOS AIRES, ENERO 14 DE 1929

20 Centavos
El ejemplar

PORTE PAGO



EL DESOCUPADO

SUMARIO DE ESTE NUMERO:

REDACCION: Pro domo—Teoría y práctica de la revolución—El próximo número del SUPLEMENTO—MAX NETTLAU: Consideraciones sobre la organización y sus límites—LUIS FABBRI: Ideas y críticas—E. MALATESTA: La Internacional en Italia—L. F.: La muerte del historiador A. Aulard—CLEMENCIA JACQUINET: La sociología en la escuela—OCTAVIO MIRBEAU: Agronomía—BIBLIOGRAFIA

PRO DOMO

AL ENTRAR EN EL OCTAVO AÑO DE VIDA

Hace ya siete años, inspirados por el deseo de ensanchar el círculo de nuestra propaganda, iniciamos la vida de esta publicación, que ha salido con regularidad hasta hoy, durante cinco años como semanario y los últimos dos años y el que iniciamos hoy, quincenario. Los que saben algo de la vida del periodismo anarquista, sobre todo en esta época de crisis de los más nobles sentimientos humanos y de apogeo del autoritarismo más morboso, no necesitan que encarezamos los esfuerzos que esta publicación nos cuesta; pero los que saben algo de esto, justificarán el cariño que le tenemos y el orgullo con que hemos defendido hasta aquí su existencia. Nació esta revista con el optimismo que embarga el ánimo después de una dura prueba brillantemente soportada. A consecuencia de los sucesos más o menos subversivos que se sucedieron durante un tiempo en este país a partir de la semana de enero de 1919, LA PROTESTA, el viejo cotidiano anarquista, tuvo que volver a las sombras de la clandestinidad por un largo espacio de tiempo. Mientras sacábamos clandestinamente y todas las semanas LA PROTESTA, vió la luz un sucedáneo cotidiano. "Tribuna Obrera", pero a pesar de la presión que se hiciera por nuestros perseguidores, no estábamos dispuestos a renunciar a un nombre bien grato al proletariado revolucionario de esta región. En el primer momento oportuno, sin pedir permiso a nadie, LA PROTESTA reapareció a la luz pública cotidianamente, y desde entonces hasta hoy no ha sufrido más que una sola interrupción a causa de una vulgar arbitrariedad policial.

La reaparición pública de LA PROTESTA significó la muerte automática de "Tribuna Obrera". Pero nos pareció que el diario era poco, que hacía falta una tribuna donde se tratasen nuestros problemas sin la preocupación del comentario de actualidad, y así surgió este SUPLEMENTO, que es más bien un complemento de la labor del diario, como es un complemento la Editorial fundada casi simultáneamente y que tampoco creemos que haya sido fundada en vano.

Expresábamos en el número pasado nuestra sensación actual de depresión y de cansancio y comunicábamos a los compañeros la necesidad de fomentar un poco la difusión de esta revista, aunque no sea más que para permitirnos mejorarla según nuestros deseos y para volvernos a dar el entusiasmo que se ha ido esfumando en una labor poco menos que agotadora.

En circunstancias en que la prensa anarquista abunda en todos los países, significa muy poco la aparición o la reaparición de un órgano de propaganda. Sin embargo, hoy sería un desastre la suspensión de esta revista, tanto por los inconvenientes de una sustitución en lengua española como por el vasto campo de acción y el prestigio de que disfruta. Además, es tan urgente la dilucidación de una serie de problemas que se vienen tratando en estas páginas por las plumas más reconocidas del anarquismo mundial, que la suspensión de este órgano sería una luz preciosa que se extinguiría en momentos en que tanta falta nos hace la claridad.

Pero no hemos de ser nosotros quienes digamos la última palabra; que sean los lectores, los amigos y compañeros de todos los países que han seguido hasta aquí nuestra labor y saben que aun tenemos mucho que decir, los que pronuncien el fallo definitivo. Para continuar el esfuerzo iniciado, necesitamos más suscriptores y una mayor regularidad en el pago de las suscripciones. No pedimos mucho cuando pedimos un aumento de 2.000 ejemplares en el tiraje. No es una utopía la realización de ese pequeño ensanchamiento del círculo de nuestros lectores. Aquí no hemos hecho nunca más que cuestión de ideas, no de personas. Los anarquistas todos deben reconocerlo y tener la sinceridad de apoyar una obra que redunde en beneficio de la causa.



TEORIA Y PRACTICA DE LA REVOLUCION

Durante varios años estuvimos prontos a caer de una manera más o menos brutal contra los ensayos revisionistas que surgían en el campo internacional del anarquismo, ensayos que, sobre todo después de la revolución rusa, aparecían para justificar todas las desviaciones, todas las ansias de volver las espaldas a las ideas y convicciones de un tiempo. En particular los intentos de armonizar la anarquía, que es la doctrina de la libertad por excelencia, con un régimen autoritario, efímero o no, velado o franco, estuvieron a la orden del día en los cinco o seis años que siguieron a la revolución de octubre de 1917. Y no nos arrepentimos de esa actitud intransigente, porque reconocemos que, si no hemos hecho progresar espiritualmente al movimiento anarquista, ni hemos enriquecido su caudal ideológico con nuevas afirmaciones, al menos hemos contribuido a conservar la doctrina en sus cauces naturales, sin desviarla del camino y de los medios de la libertad que le son propios.

Pero el confusionismo de la post-guerra ha comenzado a desvanecerse y sería verdaderamente torpe el aferrarnos a la defensa ciega de las viejas modalidades teóricas y prácticas de la anarquía y del movimiento anarquista. Por eso nosotros, los antirevisionistas de ayer, no iremos los últimos en las filas de los que se esfuerzan en los diversos países por infundir sangre nueva en el cuerpo doctrinario del anarquismo y en su actividad cotidiana. Los revisionistas de hoy no son los revisionistas de ayer, y el espíritu que anima los ensayos actuales de revisión no es el espíritu que animaba a los ensayos de hace unos años. Aunque entre nosotros los nombres jueguen un papel secundario, sin embargo un Nettlau, un Rocker, una Emma Goldman, etc., etc., son una garantía de la seriedad y de la responsabilidad del revisionismo a que no vacilamos en adherirnos por la simple razón de nuestro continuo descontento con la restricción de los horizontes intelectuales del movimiento y con las pocas perspectivas que se ofrecen a la penetración de nuestras ideas básicas en la sociedad en que vivimos.

Pensamos que el mal está en una insuficiencia de comprensión teórica y en una insuficiencia de actividad y de experimentación práctica. No decimos, por tanto: "Basta de teoría, lo que nos hace falta es la práctica", ni nos seduce de un modo exclusivo la teoría pura, que podría convertirse en una especulación castradora. La solución queremos encontrarla en un profundizamiento de las ideas y postulados fundamentales y en su adaptación o aplicación a los problemas de la vida diaria en eterna transformación, y en una más amplia experimentación, individual y colectiva, de las ideas.

Teóricamente, nos encontramos a cada paso sin saber qué actitud tomar frente a un problema nuevo o a formas nuevas de viejos problemas; todo lo que sale de la rutina nos espanta y paraliza. Y valen poco para el proselitismo como para nuestra propia conformación, ciertas vaguedades y generalidades que no indican soluciones concretas. Por ejemplo, somos adversarios de la guerra, pero eso, sin la práctica del antimilitarismo y del antiguerrismo en forma eficaz, es muy poco. Y cuando nos detenemos a examinar el problema nos encontramos con que los viejos métodos recomendados para luchar contra la guerra son hoy insuficientes porque la táctica guerrera ha cambiado y en consecuencia, si no sabemos hallar métodos apropiados para resistir a esa plaga, nuestro antiguerrismo irreductible se vuelve puramente platónico e incapaz de inspirar a las grandes masas y de servirles de ejemplo.

Y como frente a la guerra, nos encontramos perplejos, vacilantes y sin saber a qué recursos echar mano frente a otros muchos problemas. Sin ir más lejos, tenemos la gran revolución del capitalismo en los últimos 10 ó 15 años — una revolución que para la gran mayoría ha pasado desapercibida, pero que sin embargo ha inutilizado o vuelto inofensivos casi todos los medios de lucha tradicionales del proletariado.

Se puede decir que las insuficiencias que anotamos no están en las ideas de la anarquía, sino en los hombres que las representan. Y esto

es verdad, porque el anarquismo no es, por esencia, un cuerpo doctrinario cerrado, sino una dirección espiritual y práctica en continua evolución, como la vida misma. Con hombres de pensamiento más alerta y de mayor capacidad, no hablaríamos hoy de crisis, porque el trabajo mental de elaboración, no habría sido interrumpido. En última instancia la crisis actual del movimiento anarquista, aparte de las causas externas que tantas veces hemos señalado, se debe a una paralización de su actividad espiritual, a una dogmatización, a una inclinación a convertir las ideas en sistema perfecto, en una panacea para todos los males, cuando se sabe bien que el estancamiento sería la muerte segura para la anarquía, que no es concebible fuera de la vida.

Si por inactividad mental el anarquismo ha quedado relativamente aislado del pensamiento contemporáneo y de los problemas de todos los días, por el estrechamiento del campo experimental nos hemos apartado de la vida y de una de las fuentes más abundantes de enriquecimiento y de fortificación ideológica. Fuera de las luchas obreras contra el capitalismo y de algunas protestas contra el Estado, la anarquía, el socialismo no tiene ninguna actividad que sirva de base experimental. Y ya hemos dicho que las formas tradicionales de lucha del proletariado han perdido la mayor parte de su eficacia frente al capitalismo moderno.

Todo eso no nos parece suficiente para afirmar una tendencia que quiere reformar la vida social y encauzar la humanidad por nuevos derroteros. Y el mal no está sólo en esta restricción del campo de experimentación de nuestras ideas, sino en la escasa propensión a vivir lo que decimos que es nuestro ideal. El marxismo ha reaccionado contra lo que llamó el "socialismo utópico", que es el socialismo experimental, porque para él bastaban las luchas parlamentarias y en general la pequeña acción reformista dentro del régimen presente. Nosotros queremos transformar la sociedad, no sólo reformar algunas de sus instituciones, principalmente las de naturaleza política; por consiguiente los argumentos del marxismo contra el supuesto "socialismo utópico" no tienen valor para nosotros, que sabemos hasta qué grado es opuesto el marxismo al socialismo y lo ineludible que es para el espíritu científico el dato experimental, la verdad puesta en la piedra de toque de los hechos.

El socialismo "utópico" es el socialismo constructivo, y eso es lo que no ha debido dejar de ser nunca el anarquismo, porque si las hi-

pótesis son útiles en la ciencia, en la sociología y en la vida, una doctrina que no presenta nunca más que hipótesis tiene que perder a la larga el interés y la atracción.

¿Qué hacemos realmente como para demostrar que somos capaces de llevar a cabo nuestros propósitos y de transformar en hechos nuestros anhelos? Nos duele confesar que hacemos muy poco, y que lo que hacemos no representa para el gran público una garantía de la bondad de nuestros postulados. Es preciso tener en cuenta que el gran público no aprende en los libros sus nociones mentales, sino en la vida, en la realidad, y si un día llegase a nosotros, ha de llegar mucho más por el ejemplo que le demos que por lo que le digamos.

A pesar de toda la propaganda en contra, el concepto jacobino de la revolución no ha desaparecido todavía del ambiente revolucionario-libertario. Se entiende el cambio social anhelado como simple fruto de un golpe de audacia, de una gran organización, o de algún milagro improvisado y espontáneo.

Nosotros, en cambio, no creemos en ese catastrofismo, y aunque tenemos en cuenta y prevenimos las fases de lucha decisiva y de violencia revolucionaria, pensamos que nuestra revolución debe y puede comenzar desde ahora mismo, en la vida del individuo y en la práctica de las colectividades simpatizantes. Y cuando no fuese posible una acción socialista constructiva en el terreno colectivo, nadie nos negará que el individuo puede desde este momento conformar su conducta a los postulados de la vida superior que entrevé para el mañana. No tenemos fe alguna en los que lo dejan todo, como miembros de una colectividad, para mañana, eludiendo con mil pretextos capciosos la acción inmediata. El mito del mañana se desvanece como todos los mitos en cuanto es sometido a un examen serio. Por grandes que sean las virtudes creadoras de la evolución, no puede transformar de golpe una masa educada en el régimen de autoridad en una masa capaz de comprender la libertad, de sacrificarse por ella y de vivir libre. Por eso quisiéramos desde ahora una mayor inclinación de los revolucionarios al aprendizaje de la libertad, de la vida sin amos legales, sin poderes centrales de dirección y de coacción. Sería para nosotros mismos un aprendizaje sumamente útil y para la humanidad un ejemplo viviente de la bondad y de la eficacia de nuestras ideas.

Vivir la revolución es, para nosotros, esforzarnos constantemente por adaptar nuestra vida individual y colectiva al ideal social y cultural que defendemos. En consecuencia no juz-

LUIS FABBRI

IDEAS Y CRITICAS

ESPIRITU DE LIBERTAD Y ESPIRITU DE AUTORIDAD

Toda doctrina social, aun siendo un complejo de reivindicaciones y de ideales diversos convergentes a un objetivo, contiene siempre una idea dominante sobre todas las otras que le da un carácter específico y la diferencia sensiblemente también de las doctrinas más afines. La idea dominante de la doctrina anarquista es la idea de la libertad.

Entre los factores ideales de la revolución social, como hemos visto ya en algún artículo precedente, el sentimiento y deseo de libertad constituyen uno de los más importantes. Ahora preciso mejor todavía, diciendo que para los anarquistas la aspiración a la libertad, que se traduce en el espíritu de revuelta contra todas las dominaciones, es el factor ideal, los supera a todos, aun permaneciendo adquirida e indiscutible su condición material y económica, según la cual sólo una situación de igualdad social podrá garantizar prácticamente su triunfo definitivo y su estabilidad futura.

La idea de igualdad tiene ya, por sí misma, un valor ideal extraordinario, tal que no se puede absolutamente prescindir de ella en la lucha y en la revolución; pero tiene por punto de partida una necesidad material más que una aspiración espiritual;

gamos que sea lo esencial, lo primero, lo fundamental, el acto insurreccional, la batalla callejera. Se trata de preparar una nueva mentalidad en los hombres y eso no será obra de ningún milagro ni dependerá de los resultados de una guerra civil o de una batalla, como no depende tampoco de los resultados de unas elecciones. Así como los pueblos siguen en el mismo estado mental con respecto a los problemas básicos de su porvenir, cualquiera que sea el balance de una contienda política electoral, prevenimos que no han de cambiar mucho por el simple efecto de una victoria o de una derrota de sus rebeliones desesperadas.

Otra cosa sería, con victoria o con derrota, si hubiese una mentalidad revolucionaria bien sólida.

Esforcémonos, pues, por crear, por suscitar, por elaborar esa mentalidad teórica y prácticamente, por la acción individual y por la acción colectiva. Y el porvenir será entonces nuestro.

mientras el ideal de la libertad tiene por punto de partida una necesidad del espíritu, un estado de ánimo que no es concebible sin una más elevada formación de la conciencia humana.

Es fácil, relativamente, hacer aceptar la idea de la igualdad también a las masas poco evolucionadas; es más difícil en cambio hacer elevar a éstas a la comprensión de la libertad, de la libertad en el sentido integral, no sólo de la libertad propia sino de la libertad para todos. Hay sin embargo también en los estratos más evolucionados del pueblo, en los que el estandarte de la libertad es elevado más alto, un sedimento de servilismo y de espíritu de coacción innegable que lo hace propenso al mismo tiempo a la sumisión y a la prepotencia, cuando las circunstancias favorecen su manifestación, y el resurgimiento de los instintos atávicos estimula su desarrollo.

El que ha vivido por algún tiempo en medio del movimiento activo del proletariado sabe por experiencia cuán difícil es incluso a las categorías mejor organizadas y más inteligentes sustraerse a la influencia de esta o de aquella dominación, sea de los poderes públicos, sea de los hombres políticos, sea de los mismos funcionarios de organizaciones elegidos por ellos, y cómo se vuelve igualmente difícil impedir que en el seno mismo de la organización se empleen las armas de la lucha obrera para aplastar la libertad de las minorías y de los individuos de la misma clase.

Este defecto de equilibrio entre el derecho de la colectividad y el derecho individual, es debido, ciertamente, aunque se manifieste en el seno de las masas obreras, a las condiciones generales de la sociedad, y a dificultades inmediatas a que no es posible siempre escapar. Pero no se puede negar que, si en el seno del proletariado estuviese, más desarrollado el sentimiento de la libertad, serían menos frecuentes tantos actos de intolerancia y de abuso de que a menudo tenemos que constatar los daños, que turban con tanta frecuencia la buena marcha de una organización o el orden de una asamblea y a menudo arrojan en medio de las masas obreras la semilla de discordias interminables y desastrosas.

¡Cuántas veces hemos sido constreñidos a deplorar en las disidencias que estallan inevitablemente entre obreros y obreros, entre organizaciones y organizaciones, que sin embargo están unidos por un mismo propósito, las condenas y los ostracismos más irracionales, aplicados con un procedimiento que no tiene nada que envidiar a los organismos burgueses, y que alguna vez los supera en el desprecio a toda garantía de defensa y de libertad en la parte en desgracia!

Es verdad que con frecuencia eso hay que atribuirlo a móviles interesados de categorías o de personas, más o menos inconscientes o más o menos disimula-

dos; pero la mayoría de las veces, en los casos menos explicables, eso es la consecuencia de la falta del sentimiento de libertad, lo cual no permitió darse cuenta de las oposiciones adversarias y reconocerles el derecho a manifestarse. Esta es una prueba de cuán necesario es todavía propagar entre la clase obrera, que será el fautor principal de la revolución, el ideal de la libertad y hacerlo convertirse en un sentimiento fuerte y cada vez más dominante y activo.

La historia de las reivindicaciones humanas, de las tentativas de liberación de los oprimidos a través de los siglos, y la historia bien reciente del socialismo mismo nos enseña cómo el concepto de libertad se ha esforzado por imponerse a la atención de aquellos que han combatido por llevar a los hombres un poco más de justicia y de igualdad. Por mucho tiempo y en algunas ocasiones se llegó a creer no sólo que podía haber justicia e igualdad sin libertad, sino que para establecer una igualdad segura era necesario limitar el derecho y la libertad individuales. Correspondía al anarquismo el gran mérito de conciliar los dos términos, en apariencia contradictorios, con la concepción de una organización social basada en la solidaridad y en la libertad, que haga posible, con la negación de la explotación económica y de la dominación política, la realización de la fórmula mazziniana "libertad y asociación".

Las reivindicaciones de índole igualitaria, sea las surgidas de mentes utópicas como Platón, Tomás Moro o Campanella, sea las surgidas de movimientos populares como la antiquísima conspiración de los Gracos o la más reciente de Babeuf, se apoyaban siempre, en el pasado, en el principio de autoridad: era la ley, era el poder (también absoluto, dictatorial, para algunos) lo que debía imponer la igualdad; y llevaban así en su seno la causa del fracaso y de la impracticidad.

El mismo socialismo, en sus comienzos, aun estando animado de un fuerte espíritu liberal, perpetuaba este equívoco. Y antes de la Internacional esta ausencia del espíritu de libertad hizo que las sectas socialistas se apartasen en gran parte del movimiento revolucionario de la primera mitad del siglo XIX, al que habrían podido imprimir un mayor impulso y dar un mayor contenido reformador. Fué tal defecto el que hizo posible por parte de los revolucionarios burgueses contra ciertas fracciones del socialismo, la acusación de connivencia con los reaccionarios y con los monárquicos.

Así se explica, a pesar de que solitarios, como Déjacque, afirmasen ya las mejores verdades del comunismo anárquico, que el primer filósofo de la anarquía, Proudhon, sin embargo, tan profundamente socialista, asumiese una actitud de hostilidad y de crítica violenta contra los que entonces se llamaba socialismo o comunismo. Y así se explica también, en parte, dejando ya a un lado otras razones, la hostilidad al socialismo y al comunismo de aquel grande y sincero revolucionario que fué Giuseppe Mazzini, el cual, a pesar de sus preocupaciones nacionales, estatales y deistas, tenía ciertamente (por lo menos en su período mejor, desde 1830 a 1850 aproximadamente) un sentimiento de la libertad mucho más desarrollado que muchos socialistas de entonces y de después.

Esta tendencia antilibertaria del socialismo de los primeros tiempos se ha perpetuado y dura todavía. Por la influencia de Proudhon y de las revoluciones liberales de 1848, poco a poco el socialismo se con-

virtió también en un ideal de libertad, que animó a la Internacional entera del nacimiento a su ocaso. Pero las tendencias autoritarias de un tiempo habían quedado, y fueron ellas las que provocaron la escisión primero y la muerte después de la gran asociación. El socialismo estatal de Luis Blanc, el comunismo autoritario alemán, las tendencias autoritarias de Marx en contraste hasta cierto punto con sus ideas antestatales de los primeros tiempos, la influencia directa e indirecta del reformismo de gobierno de Lasalle, y en fin la obsesión de la conquista de los poderes públicos, todo ésto ha contribuido, después de la muerte de la Internacional y después de la separación de la social-democracia de los anarquistas, a reforzar la corriente autoritaria del socialismo, a quitarle cada vez más el espíritu de libertad, a hacer que la preocupación de la defensa y de la conquista de la libertad individual se convirtiese casi exclusivamente en la característica del anarquismo.

Todo esto contribuyó a explicar cómo la más grande revolución de este siglo, que nos dió el pueblo ruso, aun siendo de un enorme valor histórico y social, haya desilusionado tanto no sólo a los anarquistas sino a todos aquellos socialistas que ponían en la revolución social todas sus esperanzas de libertad.

Naturalmente el hecho, tan descorazonador para nosotros, educados por una historia bisecular en la idea de libertad, que la mayor revolución de nuestros tiempos haya culminado en instituciones tan tiránicas como las bolchevistas, se explica con muchos otros factores importantísimos — la guerra de que surgió, el bloqueo del hambre de los Estados capitalistas, el estado atrasado de las masas, etc. — pero no se puede negar que una determinante no indiferente fué la mentalidad autoritaria de las "élites" socialistas que consiguieron tomar la dirección de los acontecimientos, mentalidad creada a través de cuarenta años de educación estatal de la social-democracia.

La actitud autoritaria del bolchevismo ruso, aunque un tiempo fuese absolutamente imprevisible en su realidad actual, ha tenido en el seno de la social-democracia europea no pocos precursores, especialmente en cierto momento, desde 1890 a 1900, antes de la revuelta tendencialmente libertaria del sindicalismo, cuando, por espíritu de contraste con el anarquismo, las tendencias autoritarias del socialismo alcanzaron un grado de extraordinaria acentuación. Recuerdo aun, por ejemplo, un libro de un profesor socialista italiano, Scarabelli, en torno a 1894, libro que la conocida revista de F. Turati, la *Critica Sociale* de Milán, difundía para la propaganda, el cual preconizaba el advenimiento del socialismo como un triunfo de la autoridad, como la instauración de un "gobierno fuerte", provisto de poderes más extensos y enérgicos que los gobiernos de entonces. Y justamente aquellos gobiernos, los gobiernos de Bismarck, de Crispi, de Carnot, de Cánovas del Castillo, etc., no pecaban ciertamente de liberalismo!

Es verdad que las que entonces parecían simples exageraciones doctrinarias, no encontraban demasiado favor ni siquiera entre los socialistas; pero, prácticamente, el socialismo democrático se había puesto en aquella dirección, con la tendencia a atribuir al Estado siempre una mayor ingerencia, una mayor importancia y una más amplia función, sobre todo en relación a los intereses económicos y al movimiento obrero.

Contra aquella tendencia el anarquismo, desde el comienzo, había levantado su bandera de oposición

más enérgica; y después de 1894, hasta hacia 1910, esa oposición alcanzó notables resultados, consiguiendo suscitar en el seno de la clase obrera organizada, con el sindicalismo, un movimiento revolucionario y antestatal no indiferente. Pero, sin embargo, el sindicalismo, después de un breve florecimiento bajo el primer impulso anarquista, se desvió también de nuevo en sentido autoritario, volviendo al parlamentarismo o estancándose en el peor oportunismo corporativista.

Con el ideal de la libertad no quedaron, como no quedan ahora, más que los adeptos, cada vez más numerosos, es verdad, pero no suficientes todavía para imprimir a los acontecimientos el propio sello característico, que le fué adquirido por la propaganda, por el apostolado, por la acción y por el sacrificio de los anarquistas militantes.

¿QUE ES LA LIBERTAD?

Cuando se ha dicho que la característica del anarquismo es la idea de libertad, surge espontánea la pregunta: Pero ¿qué es la libertad?

Discutiendo en 1911 a propósito de la guerra y del patriotismo, con una persona que me es carísima y que hasta entonces se decía y creía anarquista, pero que no supo resistir en aquel tiempo la infatuación guerrillera que invadió a Italia, en ocasión de la guerra líbica, y peor aún, más tarde, cuando estalló la guerra mundial en 1914-18; mientras reconocía, de acuerdo con él, que era necesaria una exaltación y purificación moral por la revolución humana que deberá resolver el problema social, sostenía que para tal fin no había necesidad de recurrir a un ideal respetable y comprensible, pero superado, como es el patriotismo. A éste contraponía el ideal de la libertad, que a mí me parece mejor suscitador de verdaderas energías morales y materiales, más concorde con nuestro sentimiento de la dignidad individual y con nuestra necesidad de justicia.

Y he aquí lo que se me respondía: "Sobre la libertad tenemos dos conceptos discordantes; para mí en los hechos sociales el sentimiento de libertad se identifica con el sentimiento de la revuelta y es privado en sí, por eso, de un determinado valor ideal; para ti en cambio es la adhesión a un sistema. El significado de la palabra *libertad* es, en la evolución, variable: tan pronto equivale a la afirmación de un credo moral como a la simple negación de un determinado dominio político o económico, etc. Tiene mayor importancia como sentimiento individual".

Yo no veo qué satisfacción hay entre estos conceptos. Ciertamente el sentimiento de libertad, cuando se traduce en acción, cuando determina hechos sociales, no puede menos de identificarse con el sentimiento de rebelión contra el dominio. Pero la rebelión puede partir también de un sentimiento incompleto, imperfecto, y por eso falso, de la libertad, en cuanto se puede ser impulsados a rebelarse por un ardiente deseo de sustraerse a la tiranía, sin que a este deseo vaya unido el de libertad consigo a todos los demás; y hasta con el preconcepto — no importa si confesado e inconsciente — de convertirse a su vez en dominadores, en opresores de los propios semejantes. La rebelión por la libertad alcanza su más completo significado libertador justamente cuando se convierte en algo sistemático: de reivindicación, es decir, no de esta o aquella libertad parcial, no de una libertad de partido o de clase, sino de la libertad para todos.

El hecho que el espíritu de libertad se exteriorice

en la rebelión, sea individual o colectiva, no constituye razón alguna para negar a la idea de libertad un determinado valor ideal. También los patriotas italianos antes de 1860 y 1870 se rebelaron contra los dominadores indígenas o extranjeros de Italia, y por eso su patriotismo se identificó con el sentimiento de revuelta; pero, ¿se habría podido decir por esto que el patriotismo estaba privado en sí de un determinado valor moral? Yo, que sin embargo niego que aun en el pasado el patriotismo fuese una realidad tan fuerte como parece a primera vista, me guardo bien de llegar a tal conclusión.

No es verdad que para mí — o mejor para los anarquistas — el sentimiento de libertad consiste simplemente en la adhesión a un sistema. Es decir, adhesión a un sistema es, cuando se quiere llamar sistema al complejo de ideas que se inspiran en la libertad: la liberación del hombre de todas las dominaciones arbitrarias y coactivas. Pero no es negación de todo dominio político y económico, y como tal es en sus orígenes un sentimiento individual que tiende a transformarse en conciencia colectiva.

Ese sentimiento puede haber sido variable en el pasado, cuando lo contrario de la libertad se veía, no en el hecho del dominio político y económico en sí, sino sólo en un determinado dominio especial. Hoy en cambio el concepto de la libertad tiene un contenido más positivo y real; aun conservando, con esto, todo el valor moral y altamente espiritual que ha caracterizado siempre, a través de los siglos, la aspiración de los hombres a la libertad, aun cuando esa aspiración animaba luchas y revoluciones dirigidas a combatir más los efectos que las causas, más algunas formas de tiranía que la tiranía en sí misma.

La aspiración de los anarquistas a la libertad, a la liberación del hombre, de todos los hombres, de todo poder coercitivo político y económico, presupone indudablemente una fe, un credo moral: es decir que la solidaridad humana puede sustituir, como medio de cohesión social, a la autoridad; que el acuerdo para la vida puede eliminar cada vez más en las relaciones humanas la lucha por la vida y por tanto la prepotencia y la violencia; es decir que la lucha por la vida se transforma en la lucha de todos los hombres solidarios contra las fuerzas enemigas y rebeldes de la naturaleza, para hacer de ellas mejores instrumentos de alegría y de bienestar; y que también la lucha entre los hombres puede asumir formas y manifestaciones espirituales, tales como para conducir a un mayor refinamiento de la psicología individual y colectiva.

El lema de la abadía de Thelema: "haz lo que quieras", si sintetiza la libertad ilimitada del hombre, presupone en su sentido absoluto que los hombres se compenetren plenamente del sentimiento del deber; que cada cual realice el propio deber como por instinto y por una necesidad más sentida que las otras. Esta sería una perfección inconcebible con nuestra humanidad actual. Pero esta absoluta libertad sintetizada por el lema de Rabelais, si es imposible alcanzarla prácticamente en su grado más absoluto, es imposible aproximarla cada vez más, eliminando poco a poco, por evolución y por revolución, las causas materiales de la explotación y de la tiranía, y educando las conciencias humanas con el sacrificio y con la lucha para una comprensión cada vez más elevada y para una práctica de la solidaridad, para un sentimiento cada vez más justo del deber individual y social. Esté es el valor ideal de la libertad, un valor inmenso y apto para suscitar las mejores energías individuales y colectivas.

La libertad es por tanto un ideal más que un sistema; ideal que va más allá y por encima de las frías fórmulas de partido, que puede hacer vital un programa práctico de lucha, y de conquista de un partido, pero no es por sí un programa de partido; en este sentido se convierte en religión, en la religión humana que no pone entre los hombres y su objetivo último una tumba, sino sobre la tierra, para nosotros y para nuestros hijos, arroja la semilla fecunda para las mieses de bondad y de justicia que brotarán al sol, como consecuencia y premio de las rudas fatigas de quien desde ahora, con paciencia y con fe procede rompiendo los terrones, arrancando las malezas, suprimiendo las malas plantas del parasitismo y de la prepotencia.

La obra es ciertamente larga e incómoda; y quien la prosigue de cerca, en el trabajo de todos los días, en los pequeños conflictos, sufre dolores y desilusiones innumerables; más que por los golpes del enemigo, a menudo por las pequeñas y grandes perversidades de los amigos, de los correligionarios, de los hombres de poca fe o de mala fe. Y en esto se revela la imperfección de la naturaleza humana: y eso nos advierte sobre el sentido relativo que en la práctica tienen hasta los más soberbios ideales, y nos pone en guardia contra las ilusiones peligrosas. Pero la visión del fin noble y elevado no es oscurecida por todo eso; permanece el faro hacia el cual tienden nuestros esfuerzos, la guía de nuestra obra y de nuestro camino. Este ideal de libertad, mientras no abandona el terreno de la realidad, impide a sus adeptos ser esclavos y peones sumisos de la realidad, anima su espíritu de rebeldía también contra las tiránicas necesidades del momento, y les hace intransigentes en la lucha, hostiles al chato positivismo reformista del *carpe diem*, revolucionarios en el significado más completo de la palabra, de pensamiento y de acción.

Mientras tanto, precisamente porque parte de las sólidas constataciones de la realidad, los anarquistas sienten necesarias las reivindicaciones libertarias contra todas las formas de dominación y de explotación de la sociedad actual. En este sentido su concepto de libertad es positivo, en tanto que niega no la una o la otra forma de dominio político, sino todas las dominaciones políticas; y en cuanto, como base de la libertad, el socialismo hace posible su ejercicio, poniendo a todos los hombres en condición de poder satisfacer las propias necesidades, sustrayéndoles a la esclavitud de las necesidades económicas, libertándoles de la preocupación del pan cotidiano, que hoy impide a la gran mayoría de la humanidad elevarse a una vida espiritual e intelectual superior y sentir la más alta necesidad de la libertad.

No se puede concebir un hombre libre sin presuponer para él ya resuelto el problema del pan, el abismo ya señalado. Las reivindicaciones libertarias, por sí mismas, por otra parte, no son patrimonio exclusivo de los anarquistas, pues los anarquistas han sido precedidos en las más atrevidas concepciones de la libertad humana por pensadores y filósofos de todos los tiempos y de todas las escuelas. Pero sólo el anarquismo ha dado una base sólida y positiva a la idea de libertad, desposándola con la idea de la igualdad y de la emancipación económica, la cual, por lo demás, es también en el fondo una idea libertaria, dado que tiende a sustraer al hombre a la autoridad patronal, a la esclavitud del salariado. Considerándolo como problema político y moral al mismo tiempo, el anarquismo aparece así, según la feliz expresión

de Pietro Gori, como el coronamiento político del socialismo.

Antes que los anarquistas, todos los afirmadores del principio de libertad descuidaban unos el problema económico y los otros la cuestión del Estado. Así, la libertad se reducía a una concepción abstracta sin posible realización práctica. También la idea de la igualdad sufría entonces la misma suerte; y aun resolviendo algunas dificultades, aun reparando en muchas injusticias, permanecía siempre una mentira. La igualdad frente a la ley fue una conquista de la revolución burguesa; sin embargo, todos vemos hoy cómo esta igualdad deja suscitar las más horribles, estridentes e injustas desigualdades. La libertad no se concebía más que como un derecho ensanchado, consentido, garantizado y regulado por el Estado. Toda revolución que estalló en nombre de la libertad, por su primer acto pasó a constituir un nuevo gobierno sobre las ruinas del derribado. Así continuó la humanidad en la vana tentativa de conciliar los contrarios, girando en el círculo vicioso de derribar un gobierno para conquistar la libertad y de crear otro, creyendo con eso consolidar la libertad conquistada, peor en realidad cortándole pronto las alas. Y después de algún tiempo, era preciso volver a comenzar de nuevo. Sólo la revolución anárquica deshará el círculo vicioso, garantizando la verdadera libertad, negando todo Estado o gobierno y afirmando la igualdad económica.

La crítica al Estado y la afirmación más absoluta de la libertad individual ha sido hecha magistralmente fuera del campo anarquista, especialmente por escritores individualistas; y a su crítica los anarquistas han tomado gran parte de las propias reglamentaciones. Pero la libertad para aquéllos era un concepto más bien aristocrático que humano, cuando no era más limitado y sólidamente democrático. Descuidando el problema económico, la libertad se volvía posible, según sus doctrinas, solamente para pocos privilegiados, y también así resultaba muy limitada, pues ningún individuo puede ser realmente libre mientras otros son esclavos, y la libertad del uno tiene una sólida garantía solamente en la libertad de todos. Los anarquistas, en cambio, lo mismo que, como buenos socialistas que son, reivindican el pan para todos, quieren también la libertad para todos; quieren, para decirlo con una palabra de moda, "socializar" también la libertad.

El concepto aristocrático de la libertad, propio de los individualistas, era menos dirigido a negar el Estado o gobierno que a superarlo u olvidarlo, menos a negar la ley que a vivir fuera de ella y a prescindir de ella. En tal actitud hay también una virtud innovadora y reformadora no descuidable; y los anarquistas la aprueban, sea como medio revolucionario, sea como educación de los individuos y de las minorías revolucionarias en el seno de la sociedad actual; pero lo aceptan, no como fin en sí mismo, sino como tendencia y como medio para alcanzar el fin: una sociedad en que todos los hombres puedan vivir sin autoridad o coacción violenta recíproca.

El anarquismo, por eso, mientras hoy tiende, con la propaganda y con el movimiento, con la educación y con la rebelión, a impulsar el mayor número posible de individuos contra, por encima y al margen de las leyes y del Estado, tiene presente también, a través de los esfuerzos coordinados en una escala cada vez más vasta de los individuos y de las masas, al objetivo último de la abolición de las leyes coactivas y de los gobiernos para todos los hombres, y a la ins-

tauración entre éstos de una organización social libre y sin Estado.

PATRIOTISMO Y LIBERTAD

La libertad, como hemos tenido más de una vez ocasión de decir, en su significado de independencia de todos y de cada uno de cualquier poder, y por tanto de ausencia de todo poder, presupone, como conquista de hecho, la emancipación económica; que el privilegio económico no constituye un poder menos tiránico que el político. Pero presupone además una educación moral e intelectual, la cual por lo demás también ella es inconcebible, fuera de algunas raras excepciones individuales, sin la independencia económica. Sin una relativa independencia económica es, en efecto, difícilísimo concebir una realización suficiente cualquiera de la libertad, sentir su necesidad, respetarla en los otros, amarla como bien supremo e indispensable.

Está en esto la razón por la cual en la clase obrera, más exacerbada que las otras clases por la necesidad económica, es todavía demasiado poco sentida la preocupación de la libertad, excepción hecha, se entiende, de algunos individuos dotados de una sensibilidad extraordinaria y de algunas minorías más restringidas, ganadas ya por la propaganda para la causa libertaria y educadas en su apreciación a través de la lucha y del movimiento revolucionario. En cambio, sería en vano negarlo, la preocupación de la libertad es más sentida en medio de determinados elementos de las clases cultas, especialmente de las llamadas "clases medias", hasta que éstas al menos son absorbidas y corrompidas mental y psicológicamente por los estratos plutocráticos más repletos de oro y más ávidos de potencia y de prepotencia sobre los propios semejantes.

Tal vez es por esto que Lenin llama "pequeño-burguesa" a la preocupación por la libertad; pero es inútil observar que, si la libertad es un bien, sería bien estúpido rechazarla porque es apreciada más que por otros por una clase determinada. La emancipación del proletariado no consiste sólo en la conquista del pan, literalmente entendido como satisfacción de las necesidades materiales, sino también en la conquista de todas las más altas alegrías del espíritu, entre las cuales la libertad ocupa el primer puesto. Y es natural que la preocupación de la libertad sea mayor en quien, al menos de manera suficiente, ha superado la preocupación material del hambre.

Para demostrar esto, constatamos que en el pasado los más entusiastas afirmadores de la libertad, no importa que haya sido de una concepción libertaria todavía incompleta, parcial e insuficiente, se han contado casi exclusivamente entre aquellos que gozaban ya de un cierto bienestar material; y en las revoluciones burguesas el sentimiento de la libertad era el mayor propulsor y creador de energías, de sacrificios y de heroísmos. Sólo ahora que la clase obrera se levanta contra el privilegio burgués y amenaza y pone en peligro la situación de las clases hoy más cultas, éstas reniegan de sus orígenes liberales y son llevadas a sentir menos la necesidad de libertad, a olvidar en la práctica lo que todavía, en la mayor parte de los países civilizados, van afirmando en los libros.

Pero el hecho queda. Y también entre los socialistas y los revolucionarios, aquellos que más llevan al movimiento socialista y obrero las preocupaciones de la libertad, son precisamente los que vienen de las clases cultas o que, aun siendo obreros, se han elevado económica e intelectualmente, no de improvisó,

por un golpe repentino de la fortuna o por el esfuerzo de una cultura apresurada, sino por una larga educación en la vida y en la lucha. He ahí por qué, además de las razones más inmediatas, los anarquistas colaboran activamente en la obra de organización y de resistencia, de conquista y de elevación, de la clase trabajadora. "Cuando no se tiene nada en el estómago, dice un personaje de un drama de Mirbeau, no se tiene tampoco nada en el corazón". Conquistar una mejor condición económica, aun hoy mismo, por parte de los obreros, significa hacerles posible una visión más elevada de los propios destinos; saciada la necesidad del pan, se despertará en ellos más fácilmente la necesidad de la libertad.

Esa libertad se conquista con la lucha de todos los días, en parte; y se conquistará en el máximo grado posible con la revolución. Por tanto se equivocan aquellos que piden garantías de libertad al Estado, el cual tiende por su naturaleza a limitarla lo más que puede.

La libertad se conquista contra el Estado y no por medio de intermediarios, de representantes, de parlamentarios. Y esa acción directa consiste, además del ataque a los poderes del Estado, en el ejercicio inmediato, lo más amplio posible, de la libertad misma. Tomarse la libertad, ejercitarla, es ya una forma de conquista. Así, en la lucha por ella, se aprenderá también mejor a amarla, no olvidando que el amor a la libertad es uno de los coeficientes morales (lo he dicho ya otra vez) aparte de los materiales, del triunfo de la revolución.

Examinad toda la historia de las revoluciones pasadas, y veréis que la necesidad de libertad, el anhelo de libertad, ha sido siempre y en todos los lugares el motor si no absolutamente y cada vez más importante, ciertamente el más puro y desinteresado, el que llevó a los sacrificios más heroicos, el que impidió, en lo que le fue posible, las desviaciones y la detención del movimiento revolucionario. Toda revolución se ha detenido siempre cuando el espíritu de libertad se debilitaba y adquirían el predominio consideraciones políticas y prácticas de orden secundario y más conciliables con el principio de autoridad.

Tuve una vez ocasión de señalar en otra parte (V. L. Fabbri, *Anarquismo y sindicalismo*, ed. F. Semper, Valencia, 1908) un hecho sobre el cual los historiadores no han insistido bastante, al menos por lo que se refiere a Italia: es decir al hecho que las luchas combatidas en Europa en la primera mitad del siglo XIX en nombre de la patria, las revoluciones patrióticas, eran sobre todo luchas y revoluciones por la libertad. Luego el patriotismo, convertido en una especie de religión oficial del Estado burgués, fué concebido como abstracción en sí, que hizo pasar a segunda línea la idea de libertad. Pero durante el período heroico del patriotismo, en Francia durante la gran revolución y en las revoluciones que le sucedieron, y en Italia hasta 1860, para los idealistas patriotas y revolucionarios, la idea de patria era idéntica a la de la libertad.

"Diremos también (el lector me consentirá repetir lo que escribía entonces) que todos los héroes que hicieron tantos sacrificios y combatieron por la patria, tenían ante los ojos el objetivo de la libertad política y de pensamiento, más todavía que la unidad de Italia. La revolución en todos los pequeños Estados italianos, en 1848, se hizo para conquistar la libertad. Nadie puede negar que si en aquel año los diversos tiranuelos de Italia hubiesen mantenido la constitución dada bajo el impulso de las insurrec-

ciones, si Austria hubiese concedido un parlamento al Lombardo Veneto o le hubiese consentido además las mismas condiciones que hoy permite al Trentino, a Trieste y a Dalmacia (1), ciertamente la "patria" habría esperado todavía un buen tiempo su unificación. Se puede decir que el patriotismo ha sido más un medio que un fin, el medio para obtener las libertades políticas de otro modo imposibles; e Italia se ha convertido en reino del rey de Piemonte porque éste conservó el Statuto, como habría sido, y más fácilmente, del papa, del gran duque toscano o del borbón, si uno de esos tres hubiese en cambio tenido la hipocresía de mantener la palabra dada y de conservar la constitución.

"La necesidad de libertad es, después de la del pan, la más importante para el hombre. Si todos los hombres tuviesen pan, dirían, y con muy buen derecho: *ubi libertas ibi patria*. El sentimiento patriótico, por lo que tiene de verdadero y de humano, libre de todo lo que contiene de militarista y de estatal, no sólo es de importancia secundaria frente a la cuestión económica, sino también frente a la cuestión de la libertad. Y con el agotamiento de la función liberal de los Estados patrios modernos, se ha agotado también el apego a la patria de parte de los amantes de la libertad.

"Hasta cierto momento, siendo la lucha por la patria también una lucha contra los tiranos, los enemigos de la tiranía eran patriotas. También eran patriotas los espíritus eminentemente socialistas y libertarios de Mario M. Pagano, de Vincenzo Russo, de Filippo Buonarrotti, de Montanelli, de C. Pisacane. Pero formado el Estado, y convertida la patria en algo que se debió no ya conquistar, sino conservar, el patriotismo se ha vuelto conservador; y los conservadores monárquicos y los clericales pueden con buena fe llamarse y ser patriotas, pues la diferencia de la patria coincide con la defensa de los propios intereses económicos y políticos.

"Los ciudadanos, los trabajadores, por lo que se refiere a la libertad de pensamiento y de acción individual y colectiva, hallan hoy un obstáculo no ya en el extranjero, sino en el gobierno de la patria. Y como todo aumento de libertad no puede tenerse más que con una correspondiente disminución de autoridad de los gobiernos, es natural para los amantes de la libertad la posición continua de hostilidad contra el gobierno, del mismo modo que para los socialistas es natural la continua hostilidad contra el capitalismo. Para los anarquistas además las dos luchas se confunden en una sola, por una simple razón: que el gobierno es, como se ha dicho tantas veces, el ministro de negocios de la burguesía, y porque, siendo por sí mismo instrumento de conservación, es llevado, independientemente de su función económica, a limitar lo más posible la libertad de los súbditos. La libertad ha acabado así por divorciarse completamente del patriotismo, pues los intereses de la una son divergentes de los del otro, y a menudo son contradictorios" (2).

Pero todo eso, que decía yo hace veinte años, se ha demostrado más verdadero en los hechos, como en ocasión de la última guerra mundial en donde el interés de cada patria, como unidad política nacional, coincidía con el interés político y económico del capitalismo parasitario, del clericalismo y del conservatismo más reaccionario en cada país, en contraste con los más nobles intereses de la civilización y de la libertad. Pues si el patriotismo ha disfrutado en el pasado y disfruta todavía de tanto prestigio frente

a las ingenuas inteligencias superficiales, es porque está ligado a él el recuerdo de las luchas combatidas bajo su bandera por la libertad, cuya aspiración era su mejor contenido ideal y constituía su mayor valor moral. Separado de la causa de la libertad, el patriotismo reviste un carácter utilitario y mucho menos idealista.

Si se rememoran las luchas por la patria y por la libertad anteriores a 1860 en Italia, se puede constatar una cierta analogía de situaciones con las luchas actuales por el socialismo. Como hoy los socialistas que olvidan demasiado las reivindicaciones de libertad son llevados hacia las degeneraciones del reformismo, así los patriotas de un tiempo que menos se preocupaban del triunfo de la libertad para no ver más que la sola cuestión de la unidad nacional política a resolver, eran aquellos famosos moderados que encabezaba Gioberti antes y después Cavour, los cuales hostilizaban al partido de acción de Mazzini y Garibaldi con la misma acrimonia y con las mismas traiciones que hoy los anarquistas reprochan a los reformistas socialdemócratas y a los comunistas dictatoriales.

Pero, si triunfó la revolución italiana, aunque parcial e imperfectamente, a pesar de los enemigos internos y externos y a pesar de las desviaciones y de las traiciones de los moderados, es porque ha sido sobre todo una revolución animada por el deseo de libertad. Así se puede decir de todas las revoluciones. Así la revolución social triunfará si recibe sus energías de la misma fuente.

Es preciso por tanto despertar cada vez más vivo y alerta el deseo de libertad, la intolerancia de todo dominio, el espíritu de revuelta en el pueblo; es preciso elevarnos nosotros mismos y elevar las minorías revolucionarias a una comprensión cada vez mejor del principio de libertad. Se comprende mejor lo que se ama, pero se ama mejor lo que se conoce. El pueblo llega más difícilmente, a pesar de las apariencias exteriores, a sentir la necesidad de libertad que la necesidad del pan. Pero si llega a concebirla, a desearla, eso se convertirá para él en una pasión indomita que lo arrollará todo a su paso.

Arda, pues, esa pasión de libertad entre las masas irredentas, junto a la sed de igualdad, y haga temblar una vez más al mundo. Ella podrá inspirar la energía para la lucha y para la victoria, y, después de la victoria, hará posible finalmente una sociedad de hombres unidos solamente por los vínculos voluntarios del recíproco acuerdo y de la solidaridad.

(1) Esto lo decía yo en 1908, es decir mucho antes de la primera guerra europea. Hoy Trieste y el Trentino, anejados a Italia, están sometidos a la bárbara tiranía fascista, y no hay necesidad de ser adivinos para decir que sus poblaciones deploran ciertamente la dominación austriaca, no sólo desde el punto de vista económico, sino también desde el de las libertades políticas.

(2) Hoy tal vez no repetiría ya eso en forma tan axiomática. Desde el punto de vista anarquista, naturalmente, lo que decía sigue siendo justo; pero en realidad, en los países que sufren todavía una dominación extranjera, la idea de libertad continúa desposándose con una especie de patriotismo. Y eso ocurre también donde la misma dominación nacional es más violenta y se hace, en cierto modo, extranjera en la patria. Por ejemplo, en Italia hablan muchos hoy de la necesidad de "libertar la patria" de la tiranía fascista.

BELLEZAS DEL CAPITALISMO... O LO QUE SE VETODOS LOS DIAS



Un panadero sin trabajo que empeña sus ropas para comprar pan



Un zapatero sin trabajo que no tiene zapatos



Una obrera textil desocupada, necesita ropa de abrigo



Un albañil desocupado que duerme en los bancos de la plaza por no tener donde cobijarse

E. MALATESTA

La Internacional en Italia

(Prefacio al libro de Max Nettlau: BAKUNIN E L'INTERNAZIONALE IN ITALIA DAL 1864 AL 1872)

(VEASE EL NUMERO ANTERIOR)

De cualquier modo la Internacional se extendió rápidamente en los centros más evolucionados.

Más que en otras partes en la Romagna y en las Marcas, donde por vieja tradición la lucha política era vivamente sentida y donde el conflicto con los mazzinianos fué más violento. Menos, pero siempre de modo bastante importante, en la Italia septentrional.

Nápoles, donde se encontró reunido un grupo de hombres instruidos que habían estado en contacto directo con Bakunin y donde menos favor encontraba el patriotismo nacionalista y era escasa la influencia de Mazzini y Garibaldi, a pesar de que fuese una de las ciudades más atrasadas del reino, tuvo una Federación importante por la actividad y el número de los adherentes, y fué por un cierto tiempo como el centro intelectual del movimiento.

En cambio en el resto del Mediodía continental e insular, más analfabeto, más oprimido por la miseria económica y embrutecido por la superstición religiosa, el movimiento encontró ignaras e indiferentes a las masas en gran parte rurales, y pudo penetrar poco también en los centros provinciales: se hallaron sólo aquí y allí adherentes individuales, en general estudiantes y jóvenes laureados, que apenas lograban hacer algún prosélito. En Sicilia hubo algunos grupitos de intelectuales, iniciados por el doctor Saverio Friscia, viejo mazziniano llegado al socialismo, que transportado por su temperamento ardiente afirmaban ya ser dueños de la región, pero que en realidad no tenían ninguna influencia sensible sobre las masas, y si tenían algún séquito era debido más al prestigio y a las posiciones personales que a las ideas por ellos profesadas.

Pero por doquiera, donde eran pocos como donde eran muchos, donde se debatían entre la heladora indiferencia del ambiente como donde se sentían rodeados de la simpatía pública, los internacionalistas estaban siempre llenos de entusiasmo, dispuestos a todo sacrificio por la causa e inflamados por las más róseas esperanzas. Cada cual daba a la propaganda lo que podía y también lo que no habría podido; y cuando faltaba el dinero se vendían alegremente las cosas de casa, afrontando resignados las represiones de las familias respectivas. Por la propaganda se descuidaba el trabajo y el estudio. Tanto se esperaba que la revolución viniese de un momento a otro a remediarlo todo! A menudo se iba a la cárcel, pero se salía con más aliento que antes: las persecuciones no hacían más que avivar nuestro entusiasmo. Es verdad que las persecuciones de aquel tiempo eran cosas como para reír en comparación a las que vinieron después. Entonces el régimen había nacido

recientemente de una serie de revoluciones; y las autoridades, duras con los trabajadores desde el principio especialmente en los campos a quienes trataba como tierras de conquista, tenían en las luchas políticas un cierto respeto a la libertad, una cierta vergüenza de parecerse demasiado a los esbirros borbónicos y austriacos, cosas que fueron desapareciendo después a medida que el régimen se consolidó y se esfumaron los recuerdos de las luchas por la independencia nacional.

He dicho que se confiaba que la revolución estallase de un momento a otro. Sería útil señalar los motivos ideológicos y psicológicos que explican aquellas esperanzas demasiado precoces, y que explican también en parte la naturaleza del movimiento anarquista en que fué absorbida la Internacional.

Dado el ambiente italiano todavía vibrante con los recuerdos de las conspiraciones mazzinianas y con las expediciones garibaldinas, dada la excitación producida por la Comuna de París, dada la influencia predominante de Bakunin, dados el temperamento y las convicciones de los primeros iniciadores, la Internacional en Italia no podía ser una simple federación de asociaciones de resistencia obrera, aunque de tendencias radicales, como fué en otras partes. Asumió desde el principio un carácter decididamente subvertidor, que halla una cierta analogía sólo en España, donde el carácter de los habitantes y la situación política eran casi como en Italia, y donde por lo demás el movimiento internacionalista fué iniciado por Fanelli, enviado allá en misión por la Alianza bakuninista.

La Internacional nació en Italia socialista, anarquista, revolucionaria, y por consiguiente antiparlamentaria. Rompió pronto con el "Consejo general", el cual, inspirado por Marx, quería dirigir autoritariamente la asociación e imponerle un programa estatista; y fué esencialmente una asociación hecha con el solo propósito de provocar una insurrección armada, la cual habría debido derribar de un golpe el gobierno, abolir la propiedad privada, poner a la libre disposición de los trabajadores la tierra, los instrumentos de trabajo y toda la riqueza existente y sustituir la organización estatal y burguesa por la libre federación de las comunas y de los grupos productores autónomos.

Se aceptaba el principio fundamental de la Asociación de trabajadores fundada en Londres en septiembre de 1864, es decir que "la dependencia económica de los trabajadores, de los poseedores de las materias primas y de los instrumentos de trabajo es la causa primera de la servidumbre en todas sus formas, política, moral y material"; y por eso se consideraba necesario y urgente abolir la propiedad pri-

vada de la tierra y capitalista mediante la expropiación sin indemnidad de la clase burguesa hecha directamente por la masa explotada y subyugada. Se declaraba el trabajo como deber social para todos y por tanto se consideraba la condición de trabajador como superior moralmente a cualquier otra posición social, incluso la única compatible con una moral verdaderamente humana, y muchos internacionalistas procedentes de la clase burguesa, para ser coherentes con sus ideas e identificarse mejor con el pueblo, se ponían a aprender un oficio manual. Se veía en la clase obrera, en el proletariado de la industria y de la agricultura, el gran factor de la transformación social y la garantía de que ella se haría verdaderamente en beneficio de todos y no daría origen a una nueva clase privilegiada.

Pero la Internacional no fué nunca en Italia propiamente una organización de clase; y en ella sobre los intereses contingentes de la clase obrera prevalecía siempre el ideal de la revolución como hecho que debía iniciar una nueva civilización por la elevación moral y el beneficio material de toda la humanidad. En la Internacional italiana, y por lo demás era así un poco por doquiera, tenía derecho de ciudadanía el que aceptaba principios, de cualquier clase que procediese. Y cuando para conciliar con los hechos el título de asociación de trabajadores se trataba de determinar lo que era un trabajador, se concluía que, para la Internacional, era trabajador "el que trabajaba en la destrucción del orden burgués"; frase que puede parecer una argucia, pero que traducida bien el estado real.

Y en verdad la Internacional había sido introducida en Italia por burgueses que, por amor a la justicia, habían desertado de su clase, y aun en 1872 y después, en muchos lugares, la mayoría, al menos en la parte dirigente y más activa, no era compuesta por obreros, sino por jóvenes procedentes de la pequeña y mediana burguesía.

Se hacía un poco de lucha económica, se provocaba alguna huelga, se incitaba a los obreros a pedir y pretender de los patrones toda suerte de mejoras. Pero eso se hacía sin entusiasmo, sin darle gran importancia, porque se estaba convencido de que los patrones existían debido a que el gobierno les protegía y existirían y triunfarían siempre mientras durase el gobierno. "No se llega al propietario, se solía decir, sino pasando por sobre el cuerpo del gendarme". Tal vez hubiera sido una verdad más completa el decir que "es el gendarme", es decir el que posee la fuerza material, el que se apodera de la riqueza, se hace propietario, y luego pone a sueldo, entre sus víctimas, a gendarmes para hacerse defender y perpetuar en sí y en sus descendientes el privilegio usurpado; pero entonces, sin que ninguno de nosotros hubiese leído a Marx, se era todavía demasiado marxista. Pero dejando a un lado toda disquisición teórica sobre los orígenes de la propiedad, se estaba convencido de que lo primero que había que hacer era derribar al gobierno, y para eso se pensaba sobre todo en la insurrección.

Ciertamente, confiar entonces en la victoria era una ilusión. Sin hablar de las vastas regiones de Italia donde nuestras ideas eran absolutamente desconocidas, y allí donde éramos más fuertes y numerosos no éramos en substancia más que una infima minoría frente a la totalidad de la población. Y las masas estaban todavía del todo desorganizadas y eran ignaras: salvo nuestras secciones y algunas asociaciones que tomaba el lema de Mazzini, las sociedades obreras existentes eran simples sociedades de socorros mu-

tuos, bajo el patronato de los grandes propietarios o de los personajes de los partidos burgueses, cuando no tenían por presidente honorario precisamente al rey... o al prefecto de policía.

Esta era para nosotros una situación paradójica, porque nuestro objetivo no consistía en apoderarnos del gobierno con un golpe de mano (lo que habría sido bien difícil por la exigüidad de nuestras fuerzas, pero no imposible si hubiésemos conseguido arrastrar a los republicanos) para imponer luego nuestro programa mediante la fuerza estatal. Nosotros, ya anarquistas convencidos, queríamos derribar el gobierno existente, impedir que se formase otro, y dejar que las masas libertadas de la presión del ejército y de la policía tomaran posesión de la riqueza y organizaran por sí mismas la nueva vida social.

Pero ¿qué habría ocurrido si las masas hubieran quedado ausentes, o si se hubiesen mostrado ansiosas de someterse a un nuevo gobierno y de esperar de él el propio bien?

Nosotros confiábamos en el descontento general, y como la miseria que afligía a las masas era realmente insoportable, creíamos que bastaba dar un ejemplo, lanzar con las armas en la mano el grito de "abajo los amos", para que las masas trabajadoras se levantasen contra la burguesía y tomaran posesión de la tierra, de las fábricas y de cuanto habían producido con sus trabajos y se les había sustraído. Y además teníamos una fe mística en la virtud del pueblo, en su capacidad, en sus instintos igualitarios y libertarios.

Los hechos demostraron entonces y después (y lo habían demostrado ya en el pasado) cuán lejos estábamos de la verdad. Sin embargo, el hambre, cuando no hay una conciencia del propio derecho y una idea que guíe la acción, no produce revoluciones: a lo sumo provoca conmociones esporádicas que los amos, si tienen juicio, pueden domar, mejor que con los fusiles de los carabineros, distribuyendo un poco de pan y arrojando por los balcones algunos cobres a la multitud tumultuosa. Y nosotros, si el deseo no hubiese puesto un velo a nuestra perspicacia, habríamos podido bien juzgar el efecto deprimente, y por tanto antirrevolucionario, de la miseria, por el hecho que la propaganda tenía más éxito en las regiones menos miserables y entre aquellos trabajadores, artesanos en su mayor parte, que se hallaban en condiciones económicas menos desventajosas.

Y en cuanto a los "instintos igualitarios y libertarios" del pueblo, ¡ay, cuánto esfuerzo se requiere para despertarlos! Entonces, y también ahora en aquella gran parte de la masa no tocada todavía por la propaganda, los "instintos", tales como se formaron por la milenaria servidumbre, impulsan a los trabajadores más bien al temor y, lo que es peor, al respeto y a la admiración de los amos, y por tanto a una dócil sumisión.

Era por tanto imposible una victoria fácil y rápida.

Pero, aparte de la cuestión de tiempo, yo creo siempre, después de todo lo que he visto, que nuestras esperanzas no eran vanas y nuestra táctica no era equivocada.

En efecto, nuestra propaganda, si no con la rapidez que habríamos querido, daba también sus frutos: el número de convencidos iba continuamente en creciendo, y en torno a ellos se ensanchaba también el círculo de simpatizantes, es decir, de aquellos que, aun no comprendiendo y no aceptando todas nuestras ideas, sentían la injusticia del presente orden social

y querían contribuir a su cambio. Y las tentativas insurreccionales que hacíamos y nos proponíamos hacer, aun estando entonces condenados a un fracaso seguro, eran medio eficaz de propaganda, y un día, en tiempos más maduros (¿quién puede juzgar antes del hecho cuándo están maduros los tiempos, es decir cuándo un concurso de circunstancias determina el "momento psicológico" en que un pueblo está pronto a levantarse?), un día, digo, tendríamos la chispa que provoca el gran incendio.

Si nuestro trabajo hubiese continuado concorde como durante los siete u ocho años después de la fundación en Rimini de la Federación italiana (1872), muy distinta, creo, sería hoy la situación italiana.

Pero en lo mejor, el desenvolvimiento de nuestro movimiento fué perturbado y detenido por la introducción en Italia del partido socialdemócrata, legalitario y parlamentario según el tipo alemán.

La existencia de otro partido socialista con tendencias diversas de las que tenía la Internacional italiana no habría sido un gran mal, incluso habría podido ser un bien, puesto que habría atraído al socialismo muchos elementos que, aun admitiendo la necesidad de una radical reforma social... no podían por temperamento y por posición ser revolucionarios y no habrían venido nunca con nosotros.

Pero lo malo fué que quien introdujo (al menos con resultados serios, pues había habido alguna otra tentativa sin éxito) en Italia la nueva tendencia salió propiamente de entre nosotros. Algunos de los internacionalistas más influyentes y queridos (no puedo menos de nombrar aquí a Andrea Costa), impresionados por los triunfos aparentes del socialismo en Alemania, disgustados de una lucha que era, o parecía, estéril en resultados inmediatos, y tal vez cansados de las persecuciones que se habían vuelto mucho más serias, prefirieron, contra sus primeros compañeros y contra todo su pasado, una táctica que prometía una relativa tranquilidad y rápidos éxitos personales; y así arrojaron la discordia en nuestras filas y fueron la causa de que lo mejor de nuestras fuerzas fuese deshecho en polémicas y diatribas intestinas, en lugar de dedicarse a la propaganda entre las masas y a la lucha contra el enemigo común.

Los viejos internacionalistas que vieron directamente los daños morales y materiales causados al movimiento por aquella "evolución", y que sufrieron en sus sentimientos profundos por las amistades malamente quebrantadas gritaron a la "traición". Y ciertamente pareció darles la razón el modo hipócrita como se comportaron los nuevos conversos al parlamentarismo, negando y afirmando, atenuando o acentuando la nueva tendencia según los ambientes y las circunstancias, y arrastrando a los compañeros más ingenuos con el sentimentalismo de las amistades personales y casi sin que se diese cuenta.

¿Pero fué realmente traición consciente por fines personales y fruto de honesta convicción?

No me compete a mí, parte demasiado interesada en la controversia, dar un juicio definitivo. Y por lo demás estos acontecimientos son algunos años posteriores al período de que se trata en este libro, y no es el caso de profundizarlos y documentarlos aquí. Tal vez el mismo Nettlau, que tiene o puede procurarse el material necesario y que posee aquellas dotes de imparcialidad y de serenidad que quizás en este caso me faltarían a mí, nos narrará un día aquí período crítico de la Internacional italiana en que cesó de llamarse la Internacional y se escindió en partido anarquista y partido socialdemócrata.

Después de lo que he dicho, se comprenderá fácilmente lo que habríamos pensado de un profeta que nos hubiese dicho entonces que después de más de cincuenta años nos habríamos encontrado en las circunstancias en que nos encontramos.

Pero no por eso quiero repetir el común afligido lamento de los viejos decepcionados y ensalzar "mis tiempos".

No, yo no quisiera volver a aquellos tiempos... para rehacer el trayecto y volvernos a encontrar como nos encontramos ahora. Para desearlo sería preciso poder, al volver atrás, llevar consigo todo el resultado de nuestro trabajo cincuentenal y toda la experiencia adquirida en ese lapso de tiempo. Y entonces no serían "mis tiempos".

Hemos cometido muchos errores, hemos visto desvanecerse muchas ilusiones, nos hemos engañado burdamente sobre el tiempo necesario para la penetración de nuestras ideas entre las masas, pero en suma, nuestro trabajo no ha sido inútil. Muchas de las semillas que hemos esparcido han caído en la roca desnuda y se han perdido, pero muchas hallaron terreno fértil y han producido, están produciendo y producirán frutos preciosos.

Comenzamos pocas docenas, nos conocíamos todos íntimamente y cuando se hacía un nuevo compañero nos lo escribíamos el uno al otro como un gran éxito alcanzado, aun no siendo legiones, no podemos contarnos ya ni conocernos siquiera en una misma ciudad. Y nuestros jóvenes de hoy tiene el mismo entusiasmo que teníamos nosotros y afrontan valerosamente riesgos y sacrificios en realidad más grandes que los que se afrontaban entonces.

Eramos incomprendidos, y ahora nuestras ideas influyen sobre todo el pensamiento contemporáneo.

Estábamos aislados, en medio de un pueblo que o bien nos ignoraba completamente o nos miraba con indiferencia si no con hostilidad; y ahora sabemos que hay masas en quienes el corazón late al unísono con el nuestro.

Podemos por consiguiente mirar al porvenir con confianza. A pesar de la tristeza de la hora que corre, a pesar de la ola de servilismo y de miedo que en este momento deshonra y paraliza las muchedumbres que se muestran, a pesar del eclipse temporal que obscurece toda luz de libertad y de dignidad, sentimos, sabemos que el huracán se densifica y que un día u otro deberá estallar en lluvia fecunda.

¡Adelante siempre! La victoria será nuestra.

"LA PROTESTA"
(diario)

y el SUPLEMENTO
(revista quincenal)

Subscripción mensual a ambas publicaciones, \$ 2.50. — Pago adelantado.

Todo importe remítase a Mariano Torrente. — Perú 1537.

MAX NETTLAU

Consideraciones sobre la organización y sus límites

I I

He tratado de mostrar que lo que se llama *organización* es un instrumento de que no se debe servir uno más que con gran precaución. Toda organización adaptada a las luchas en la sociedad actual debe adaptarse a las condiciones de esa sociedad, que son autoritarias, y será pues autoritaria, quiera o no. Una organización que desea crear la libertad, debe ser del género de las que han sabido ya conquistar libertades, del género de los métodos del pensamiento libre, de la ciencia, del arte, de la moral o conducta libre: debe comprender pues el experimento libre, la tolerancia, la reciprocidad, la solidaridad, la bondad, la espontaneidad, todas las cualidades esenciales de una vida libre. La misma organización, el sindicalismo, no puede tener dos caras vueltas hacia el presente y hacia el porvenir, o se agota en vanos esfuerzos por servir a dos amos y queda sin eficacia real.

El porvenir es de la organización voluntaria que sepa convenir mejor a las exigencias técnicas del trabajo a realizar y, al mismo tiempo, a las disposiciones personales de los que hacen ese trabajo. No es sino la experiencia la que podrá dar esa resultante, que será aun variable según el rol que desempeñe la cantidad de las materias primas, de las necesidades a satisfacer, de la urgencia y de la importancia del trabajo, etc. Prejujgar estas cuestiones es violentar la libertad del porvenir, introducir el principio de autoridad en el nuevo organismo antes aun de que exista: absurdo palpable, como sería el de hacer los cálculos de 1928 según los datos de 1828.

El anarquismo tiene el gran mérito de haber introducido, experimentado y definitivamente establecido una forma encantadora de organización que se diría una visitante llegada del porvenir feliz hacia nosotros: es el *grupo*. Hubo sin duda precedente, principalmente las pequeñas unidades que la necesidad de proteger su secreto creó en las sociedades secretas: la unidad debía ser pequeña para conocerse a fondo, y no demasiado pequeña para hacer posible una acción combinada.

Pero se establecieron jerarquías en los más simples grupos. Entonces la sección, aglomeración de tamaño casi no limitado, pero con una gran posibilidad de jerarquías, de comités, etc., pareció como forma superior, pero también defectuosa, puesto que la dirección caía a menudo en manos fijas y debió mantenerse por un sistema de partido. Es entonces cuando se pasó al grupo libre que, en su forma más pura, comprende los que se entregan a una labor especial, que armonizan entre sí y a los que no se agregan otros más que por consentimiento ge-

neral. Prefieren ver formarse nuevos grupos que tener la ambición de agrandar el suyo. Se ha abandonado a menudo esta base, ensanchando el grupo desmesuradamente, lo que hace que el verdadero trabajo quede en manos de algunos y que los otros hagan la crítica o no hagan nada y se desmenuden o vengán y se vayan: es la vuelta a la sección, al pequeño parlamento, a las rivalidades con otros grupos. Se ha improvisado algunas veces en ocasión otro organismo que se cree superior al grupo: una vaga colectividad local, una reunión de todos los camaradas locales militantes o latentes, que se consideran una instancia suprema, institución que puede ser útil para conocerse y para la discusión, pero que es habitualmente rechazada por los grupos a los que quiere imponer su voluntad, sin participar verdaderamente en su trabajo.

Habría, pienso, mucho bien que hacer, volviendo a llevar los grupos a su forma primaria, lo que implicaría su aumento, la diversificación de sus actividades, y la cesación de inutilidades que se producen cuando se reúnen demasiadas personas para hacer una labor demasiado pequeña. Las inutilidades deberían ser reemplazadas por las actividades, que harían surgir nuevos talentos. El grupo no es el club, que tiene su propia utilidad, pero que difiere del grupo como el ocio difiere del trabajo.

El *sindicato* tiene un carácter excesivamente variado y un origen a menudo muy antiguo. Es para cada oficio y localidad lo que contienen de hombres enérgicos y solidarios con un número de menos capaces que a consecuencias de influencias persuasivas diversas se han unido a ellos, el todo para la defensa natural contra el patronato y también con vistas hacia un porvenir sin explotadores, que dependen de las concepciones y voluntades socialistas de los militantes. El pasado, la antigüedad del oficio, tradiciones locales, formas habituales de organización costean lo nuevo, oficios nuevos, ausencia de tradiciones, tácticas y aspiraciones sindicalistas recientes. Los sindicatos son, pues, en su conjunto, eficacia y mentalidad colectivas de cada sindicato, tan diferentes como los individuos, y como para los individuos hay para ellos un modo de agrupación autoritaria — nivelamiento como para los soldados que componen una formación militar — y un modo de agrupación voluntario, la asociación libre. Se puede cambiar el color de los sindicatos por la propaganda y la persuasión o el prestigio que da un buen ejemplo y un éxito, pero como para los hombres no se llegará tan pronto a una unificación — nunca serán todos autoritarios y por un tiempo enteramente indefinido todos no serán eficazmente libertarios. Se ha llegado por tanto para los sindicatos como para los grupos de ideas, a la separación con auto-

nomía completa de las divisiones — hoy reformistas, comunistas y anarquistas — y, desde este punto de vista también, me parece de la mayor probabilidad que esa división, establecida tan firmemente en las organizaciones por ideas, como en aquellas para la defensa obrera, segura de existir hasta el día de la revolución, no desaparecerá por arte de magia en el momento de la revolución triunfante, y que sólo por la dictadura entonces *uno solo* de los matices existentes podría predominar y reducir todos los demás a la sumisión o al esfumamiento. Me parece que, como hoy en el trabajo técnicamente perfecto — que será entonces tan necesario como lo es hoy — los obreros de todos los matices socialistas y sindicalistas cooperarán de buen fe, puesto que el trabajo lo exige, sólo que en mejores condiciones y para ellos mismos. Porque si el trabajo disminuye por la ausencia de los parásitos, aumentará también por la necesidad de elevar a los pobres y desprovistos de hoy a un nivel de vida normal y pasará algún tiempo antes de que una abundancia general permita algún atenuación de los esfuerzos de todos.

Nadie propone en nuestros días una destrucción o descomposición del aparato inmenso de producción que la sociedad capitalista dejará tras ella el día de la revolución. La tierra está demasiado poblada, la interdependencia de los hombres es tan grande como para que un caos producido intencionalmente no traiga aparejado la miseria y formas autoritarias de salvamento que privarían a la revolución de todo ímpetu libertario, de todo reposo de espíritu, y la arruinarían. El aparato técnico, construido en vista del beneficio del capital, sufrirá grandes modificaciones, descentralizaciones, etc., pero ese será un punto de partida, un apoyo precioso e indispensable que sería tan absurdo abismar y descuidar como romper un vidrio para llamar al vidriero a poner otro o dejar deteriorarse un lugar habitable por el frío y la humedad.

Pero al lado de ese trabajo *técnicamente perfecto* que continuará siendo hecho por hombres diferenciados en ideas, ayer, hoy y mañana, habrá esta otra gran necesidad de la producción: *las materias primas, los combustibles, los viveres, los servicios públicos (agua, fuerza motriz, iluminación, etc.)* sin los cuales el aparato técnico se movería en el vacío y muy pronto no serviría ya para nada y sucumbiría: porque entonces, por falta, se arranca el bosque y se quema, se abandonan las máquinas, todo se disloca y cae en ruinas, como se ha visto ya. Para impedir eso y sus consecuencias, la miseria y la penuria general, y la creación de organismos autoritarios para organizar los servicios de socorros, será preciso reconocer generalmente que todo eso de que yo hablo, es también una *exigencia técnica indispensable* y será suplida eficazmente, con las modificaciones, como aumento de los trabajos útiles, cesación del trabajo de lujo, eliminación de los engranajes inútiles, etc., que exigirá la situación.

Queda el asunto de la *retribución*, sobre el cual se podría aun entenderse sobre la base de no hacer nada contra la voluntad de una de las partes. Por ejemplo, si las dos partes cambian sus servicios por su voluntad en comunismo, habrá comunismo; si una de las partes exige que se lleven cuentas y se retribuya el trabajo hecho, se hará así. Porque el comunismo es la relación más íntima y si alguno no quiere vivir con nosotros en esa relación, no se puede forzarle a ello, se le paga. De igual modo, si los que viven en comunismo, algunos trabajan verdaderamen-

te demasiado poco y abusan del trabajo de los otros, se les pagará según el trabajo hecho y se estará libres. No hablo aquí de los que desean vivir como individualistas; tendrán el máximo de oportunidad, pero no privilegios.

Quería llegar a mostrar por este vistazo hacia adelante que no importa qué sindicalismo o qué agrupación aislada o conjunto revolucionario hará caer los Estados y los capitalistas, los grandes problemas técnicos de la producción les dictarán siempre una serie de procedimientos necesarios, y que vale la pena darse bien cuenta de ese hecho. Es, por comparación, como si del numeroso personal técnico que trabaja en un gran barco, algunos, por un amotinamiento, se apoderan del barco en alta mar: para servirse de él, para hacerle llegar a algún puerto, deberán restablecer siempre o más bien continuar una gran cantidad de operaciones indispensables de un modo tan perfecto como sea posible — o el barco no irá a ninguna parte y será pronto desmantelado y navegará al azar. Es verdad que algunos podrán dejar el barco en pequeñas embarcaciones y salvarse, pero nosotros no queremos que la nueva sociedad se parezca a un naufragio y comience por una robinsonada de algunos motineros náufragos que sobreviven a una catástrofe, sino que queremos que la riqueza social integral en toda su potencia, valor y belleza, pase de manos de los usurpadores parasitarios a las de la colectividad que trabaja y que cada matiz de esa colectividad se arregle como quiera: vista la interdependencia presente de los problemas, deberá dar a esa interrelación una forma técnica irreprochable, fundando así la libertad de cada uno por su concurso voluntario e inteligente a la obra común que es lo único que puede crear esa libertad. Toda libertad no adquirida por esa cooperación a la causa común, sería privilegio, usurpación, abuso, algo que se toma a expensas de los otros, estado que implica sumisión y explotación y que no puede ser mantenido más que por una nueva autoridad.

En el punto en que nos encontramos, divididos y mutuamente hostiles en ideas y organizaciones, es más que probable, me parece, que se esté dispuesto después de una revolución a continuar la producción necesaria inmediata que a proveer de materias primas, etc.; es decir, el buen sentido general querrá continuar la producción, pero se estará menos dispuestos a alimentar la producción de otros, en otras partes, con materias primas o productos que se les envían. Se manifiesta en estos casos ante todo la preocupación por la vida local, un patriotismo y protecciónismo *locales*, que el temor a caer en la penuria no deja partir nada de la localidad y que trata de acumular más allá de lo necesario los recursos locales, si se tienen cosas útiles que dar en cambio, que se hacen valer muy caras entonces. Eso crea la desigualdad, el desprecio de la solidaridad y hace que nuevas fuerzas autoritarias surjan para domeñar esos nuevos acaparadores que detentan cosas que todos necesitan. Escribo esto según lo visto desde 1917 y que nos debe servir de lección y hacernos tomar precauciones.

Este escollo no será evitado más que si sobre esta cuestión se forma una mentalidad bien clara y se difunde en el mundo social. No queremos el Estado, y los que dicen: que todo será de la colectividad, la que mediante órganos investidos con su autoridad, decretará y tomará por la fuerza en todas partes lo que no es depositado a la recepción de una orden — expediciones punitivas como la *razvorsika* en la Rusia soviética, tomando el trigo por la fuerza a los

campesinos que no lo depositan en la cantidad ordenada, — esos son dictadores, con los cuales nosotros no tendremos nada que hacer, y que serían nuestros mayores enemigos si pudiesen tomar posesión del poder.

Pero ¿tenemos una opinión definida sobre esta cuestión? Las materias primas y productos agrícolas y las riquezas del subsuelo, que abundan en una localidad, en un distrito, en un país, es decir en un Estado dentro de sus confines establecidos por tratados o guerras, en el momento de la revolución ¿a quién consideramos realmente que pertenecerán entonces? Los capitalistas que los han acaparado, si no son los Estados, regularizan su explotación intensiva, los hacen circular a través del globo, vendiéndolos a aquellos cuyos países están más desprovistos de ellos y que pagan por tanto los mejores precios. Nada más probable que después de la revolución, los trabajadores de esos países ricos en tales sustancias, cesen su producción para la exportación o bien que mantengan el nivel de los precios que la rareza y la necesidad de esas sustancias han permitido a los capitalistas dictar, o bien que los territorios los reclamen como propiedad nacional que facilita el bienestar local reduciendo así el grado de bienestar en los territorios menos favorecidos. Todas estas soluciones serían opuestas a la que el sentimiento socialista inspira: que las riquezas del globo entero son de todos los hombres y que un monopolio local es tan antisocial como cualquier otro.

¿Con qué espíritu se va a resolver tal cuestión, que no sólo será de actualidad para la continuación de la producción, sino que, si es resuelta en el sentido de la perpetuación de las ventajas locales, pondría en la sociedad nueva el primer germen de la desigualdad, de la que se derivaría una ausencia de solidaridad, superioridades e inferioridades, que sólo una nueva autoridad podría mantener en ventaja de los favorecidos contra el descontento de los menos favorecidos, o bien habría rivalidad, lucha y tarde o temprano la guerra. Convendría, pues, afirmar la voluntad de resolver tales cuestiones en el espíritu de la solidaridad humana — ¡pero cuán lejos estamos de hacer eso, cuando hacemos más bien lo contrario!

Somos con muy buen derecho partidarios de todas las autonomías locales, pero deberíamos guardarnos de tratar una cuestión *económica* desde el punto de vista *autonomista*: porque así caeremos en el monopolio o en un desmenzamiento absurdo, que uno y otros son opuestos al principio socialista, que se deriva de la socialidad humana, que es universal y no conoce ni limitaciones ni divisiones. La propiedad en manos del Estado, de un Estado entre varios Estados, es una tal limitación, la propiedad desmenzada en manos de los capitalistas, es una tal división; sólo el acceso libre a las riquezas del globo corresponde a las aspiraciones socialistas. No entro en este asunto, que merece ser examinado por todo el que se sienta llevado por su amor a las autonomías a ensalzar las autonomías económicas que son precisamente en su última forma el *jus utendi* et *abutendi* de la propiedad privada: no queremos sólo al *hombre libre*, sino también la *tierra libre*, la *humanidad libre*, y remito a las palabras de Bakunin en 1870 en sus *Osos de Berná* (Obras, Edit. LA PROTESTA, IV, págs. 253-54): "...La centralización económica, condición esencial de la civilización, crea la libertad; pero la centralización política la mata, destruyendo en beneficio de los gobernantes y de las clases gobernadas la vida propia y la acción espontánea de

las poblaciones"... No llaméis a Bakunin un centralista por haberse expresado así, pero examinad el fondo de su pensamiento, el sentido del gran conjunto que para él constituía la emancipación *integral* del hombre: federalismo, socialismo y antiteologismo, de otro modo, anarquía, colectivismo, ateísmo, y verificad su aplicación a las situaciones de hoy y de mañana.

Pero ¿no estamos muy lejos de todo esfuerzo serio en nuestro triste mundo del presente, que ve esa degradación de lo que se llama en lengua vulgar socialismo (sin prestar atención a los matices) que en este momento, cuando se trata de los asuntos más urgentes de los pueblos de Europa, que piden una paz asegurada, una reducción de los armamentos y la cesación de las amenazas y de las opresiones militares, nacionalistas, aduaneras y tantas otras, se encuentran a la cabeza de los principales Estados del continente, en las posiciones más destacadas, los Briand, Mussolini, Mueller, Pilsudsky, Stalin, en Francia, Italia, Alemania, Polonia, Rusia — *todos* socialistas eméritos? Está entendido que son renegados y peor, pero eso sirve muy poco para dar un nombre o un epíteto a una cosa. Son los precursores de una evolución hacia atrás del socialismo autoritario, que se hace en toda la línea, que opera en el menor de los innumerables elegidos o funcionarios, que las organizaciones producen continuamente y en proporción ascendente, agregando ahora en algunos países de Europa también las formaciones casi militares con sus jerarquías, primeras formas de las futuras milicias bolchevistas o fascistas y de los "ejércitos rojos". Se ha constatado últimamente que la milicia fascista se componía el 1 de agosto de 1928 de 9.895 oficiales y de 289.090 "camisas negras" (251.378 en 1927); diez y veinte años antes la mayor parte de esos 300.000 jóvenes se habrían encontrado en las organizaciones socialistas, republicanas y otras con un objetivo ideal, aunque fuese pequeño. Los 4.600.000 obreros alemanes aproximadamente miembros de los sindicatos moderados (congreso de Hamburgo, septiembre de 1928) cotizan por año más de 182 millones de marcos oro; gasto anual 129 millones y medio, los cuales 41 para socorros a los miembros, 11 1/3 para luchas obreras (huelgas, etc.) y más de 77 millones sea para periódicos, agitaciones, gastos de reunión, etc. (34 millones), sea para la administración (más de 43 millones). Para gastar 11 1/3 millones en huelgas se necesitan, pues, 77 millones, siete veces más, comidos y carcomidos por un enorme personal administrativo y otro, que se digna aun dejar un poco más de la mitad de sus gastos y falsos gastos (77 millones): 43 millones. Se llamaría a ese género de organización más bien una buena especulación por un número siempre creciente de funcionarios que recogen el máximo de cotizaciones y para atraer su público, desembolsan un mínimo en apoyo de huelgas y en socorros. Es una marcha hacia atrás a toda vela y si el terreno de la organización es agotado, se repliega sobre el Estado, formando su administración y haciendo cotizar al pueblo entero entonces por la fuerza armada de la ley, por el impuesto. Hay un asombroso pero inevitable paralelismo entre esa dominación de todo un país por el bolchevismo o por el fascismo o por la socialdemocracia, y lo que el capitalismo no devora y no destruye, esas otras langostas y parásitos lo destruyen y lo absorben a su vez. La humanidad europea es hecha dependiente así por todas partes, y cada cambio aporta otras langostas devoradoras.

Porque la autoridad vuelve a llevar siempre al

mismo extremo, cualquiera que sea el nombre bajo el cual se emplea, y las organizaciones, como he tratado de mostrarlo por su historia, no están separadas de la autoridad más que en su parte voluntaria, que está difundida en las esferas de la ciencia, de las artes y de las actividades especiales, de las ideas humanitarias y libertarias, pero no en las esferas políticas, sociales, nacionales, religiosas y otras parecidas. En estas últimas grandes esferas el organizacionismo está ligado al militarismo, estatismo, fanatismo y hace retroceder infaliblemente a profundidades negras que los crímenes del fascismo, del bolchevismo, de la socialdemocracia, del nacionalismo nos permiten sondear, pero quién sabe qué horrores encierra todavía ese abismo!

Si arrojamos nuestro peso sobre la balanza de la organización voluntaria, es preciso, pues, hacer con eficacia e inteligencia para no permitir a esas asociaciones deslizarse sobre la pendiente fatal que arrastra a los demás. Pero tal esfuerzo exigiría que se desembarace uno de tantos errores que parecen inherentes a toda organización, lo que, si fuese verdad, les llevaría a todas al autoritarismo sin celo. ¿Es realmente así? La organización ¿es siempre un pequeño Estado con su patriotismo, su protocolo, su diplomacia, su mala voluntad contra toda otra organización? Si hay diferencia de opiniones entre organizaciones ¿será siempre asunto de amor propio herido, de prestigio lesionado, destinado a arrastrarse, a perpetuarse, a ser envenenado cada vez más? Si se trata de entenderse sobre algo ¿habrá siempre diplomacia, engaño, compensaciones iguales o más que iguales para aquel que cree tener las mejores cartas? La lentitud, la ponderosidad, las vacilaciones ¿serán siempre reguladas al paso de las cancillerías, de las diplomacias, de las instancias administrativas y judiciales como parece hacerse tan a menudo? En una palabra ¿es fundada la hipótesis de que quizás el ritmo de las operaciones intelectuales de toda una época es aproximadamente el mismo, y que en una edad de gobiernos, de diplomacias amodorradas, tampoco las otras fuerzas intelectuales proceden más que a paso de escarabajo? Ese es sin duda el caso del socialismo autoritario que, creyéndose destinado a ser "el Estado" algún día, ha hecho adquirir gradualmente a sus jefes la mentalidad gubernamental. Pero la humanidad, felizmente, contiene siempre fuerzas alertas y despiertas de la ciencia y de las actividades privadas, no estadísticas, que marchan a otro tren. Es hacia ellas hacia las que debe mirar el organismo voluntario, o de lo contrario será infestado por las infiltraciones autoritarias.

El terreno sindicalista está muy expuesto a esas infiltraciones. Sin embargo, se debería comprender que en la situación presente, su acción principal sería establecer entre obreros asociados ese género de relaciones que sería lo contrario de lo que acabo de describir: una franca solidaridad sin preconcepciones, cuestión de prestigio, compensación, diplomacia y pérdida de tiempo, una disposición para obrar bajo ese encumbramiento de negociaciones, transacciones, seguros y reaseguramientos que obstaculiza toda movilidad. En caso de revolución cada cual debe dar y no guardar, obrar pronto y no transigir, olvidar el pasado y no rumiar los pequeños papeles y pecadillos de antaño. Y si se quiere triunfar alguna vez, es preciso comenzar desde ahora, desde este momento a arrojar todo este lastre, y mirar hacia adelante.

¿Estoy yo, después de todo lo dicho aquí, en pro o en contra de la organización? La organización técnica no es un asunto de controversia; exige tal gé-

nero de cooperación exacta, y si se obra de otro modo, el trabajo es mal hecho o no se hace. La organización voluntaria por un objetivo especial es aun lo que hay de mejor, si sabe obrar sin derroche de energía, sin acumulación inútil de demasiada energía que queda entonces inactiva. En las organizaciones de pura propaganda tal acumulación de energías se hace inevitablemente: entonces lo que hay que hacer es que todo excedente de fuerza se dé una nueva misión y forme una asociación propia, y así sucesivamente. El sindicato, aglomeración de hombres menos homogéneos o armonizantes que las de los grupos de ideas, corre el gran riesgo de la rutina, de la petrificación, de la retro-evolución autoritaria, pero podrá ser convertido en el terreno de aprendizaje y de experiencia de las relaciones futuras entre productores, relaciones directas, francas, generosas como las que hay entre los hombres libres, y no burguesas, parsimoniosas, malevolentes como las que hay entre Estados y otros organismos autoritarios.

Los anarquistas después de una cuarentena de años han dejado languidecer lo que había en organizaciones derivadas de la Internacional, y no han dado ningún verdadero apoyo a las iniciativas de Malatesta, la de 1889, expresada en su *Appel* de 1889 (septiembre) para la constitución de un partido socialista anarquista revolucionario internacional, y en el proyecto de una Federación internacional socialista anarquista revolucionaria de 1895, ni a esa Internacional anarquista fundada en el congreso celebrado en Amsterdam en 1907, ni a otras tentativas después. Previendo peligros de autoritarismo y sintiendo también la inutilidad de rodajes administrativos, por débiles y simulados que sean, se ha preferido pasarse sin lo que cada cual sentía individualmente como un estorbo. Muy bien, pero se ha puesto durante esos mismos decenios grandes esperanzas en el sindicalismo, ese ensamblamiento de organizaciones, y los que entraron en él activamente, han debido ver que no podían cambiar si no muy poco, que el engranaje les impedía, que era preciso hacer más o menos como los otros, o irse — y no son ellos los que pudieron cambiar el sindicalismo, al contrario, y estamos ahí todavía. Yo no concluyo en la necesidad de una organización anarquista, pero pienso que menos escepticismo en el primero de ambos casos, más crítica en el segundo, habría podido producir una mayor cantidad de cooperación útil, una base extensa sólidamente asentada hoy, que habría podido ser un foco de atracción para todas las tendencias de asociación libre, de protesta humanitaria contra la autoridad. En lugar de eso, permanecemos desmenuzados y no sabemos siquiera si el camarada que se dice individualista, debe ser considerado un enemigo o puede ser vagamente tolerado, y no tenemos si no muy pocas relaciones con las otras aspiraciones mencionadas, exceptuados sin duda el sexualismo y el neomalthusianismo, en tanto que hay tales aspiraciones. Tenemos un pie en un sindicalismo que contiene elementos avanzados abnegados, pero que, como yo lo veo al menos, no tiene esa influencia sobre el cuerpo social que es necesaria a una causa verdaderamente viviente y progresiva; hablo aquí según la impresión general, sin detenerme en las excepciones locales. Pienso, pues, que no empleamos bastante bien nuestras fuerzas, que podríamos obrar mejor procurando a las energías radios de acción más precisos; porque muchas buenas fuerzas duermen más o menos. Todos no querrán y no podrán militar, pero podrán hacer mucho más sin embargo.

La infección autoritaria es tan general y profunda que no se escapará de ellas por medidas simplistas, alguna acción destructiva, que sería seguida de una floración espontánea de la libertad. El autoritarismo ha devorado ante nuestros ojos a la social-democracia (el socialismo parlamentario) y al sindicalismo reformista, ha anulado los efectos de la revolución social rusa, ha arrojado a un país lleno de revolucionarios en las garras del fascismo, paraliza todavía a otro gran país, España, fomenta las mentalidades nacionalistas, belicosas, como el esfumamiento completo de las mentalidades por el vulgarismo embrutecedor; ¿no es bastante? Contra eso es preciso, como digo a menudo y repito una vez más, que las fuerzas liberales y libertarias, humanitarias y humanas todavía no enfeudadas a la autoridad, se unan y se conozcan y creen medios de cooperación libre contra el mal que les amenaza a todas. La rutina no nos sacará a flote, es preciso abrir nuevos caminos de cooperación emancipadora de los elementos vivientes de la humanidad.

23 de septiembre de 1928.

LA MUERTE DEL HISTORIADOR A. AULARD

Alphonse Aulard, el gran historiador de la revolución francesa, que ha dedicado a sus estudios sobre la gran revolución de 1789-93 casi toda su vida, y ha quedado fiel a los ideales democráticos que triunfaron con aquella revolución hasta el último momento, ha muerto serenamente el 23 de octubre del año ppdo.

Figura integérrima, hombre que permaneció siempre coherente con sus ideas, ha sido uno de los supervivientes sinceros y continuadores del pensamiento republicano democrático, que tuvo su más alto esplendor hacia la mitad del siglo pasado, mientras los partidos democráticos, no llegados todavía al poder, se ilusionaban, en la oposición contra los gobiernos conservadores o reaccionarios de aquel tiempo, representar ellos solos el progreso de la libertad y de la justicia social. Era todavía el hombre de los tiempos de Victor Hugo y Michelet, de Garibaldi y Mazzini, de Castelar y Ruiz Zorrilla, el adorador de la libertad abstracta, de la libertad política y democrática, no demostrada todavía insuficiente por la crítica socialista y anarquista, no demostrada todavía demasiado parcial e injusta, y por tanto falsas, en el contacto con aquella piedra de toque que ha sido para ella el movimiento proletario de la segunda mitad del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX.

Desde 1848 a 1870 la libertad, en cuyo altar quemaban incienso los hombres como A. Aulard, podía parecer todavía susceptible de los más lejanos desenvolvimientos. Tuvo por un instante hasta a Reclus, Bakunin y De Paepe; pero pronto fué superada, en el seno de la Internacional, justamente por el mérito de los nombrados precursores de la anarquía y por otros innumerables compañeros suyos, gracias a un concepto de la libertad más realista y al mismo tiem-

NUMERO EXTRAORDINARIO DEL "SUPLEMENTO"

El próximo número de esta revista será dedicado a conmemorar y a recordar la gran huelga de la Patagonia en 1920 y a relatar una vez más el gesto de Kurt Wilckens. Aprovechamos la doble coincidencia de la caída del teniente coronel Varela y la presencia en el poder supremo de los mismos hombres que entonces llevaron a cabo friamente la espantosa masacre. Hay cosas que no se pueden olvidar, y la masacre de la Patagonia y el nombre de Wilckens son de ellas.

Los camaradas, grupos y organizaciones que quieran hacer pedidos extraordinarios, para la difusión del próximo número de la revista, deben apresurarse a hacerlos lo antes posible, para regularizar el tiraje.

po más amplio: el de la libertad integral del hombre libre de todas las explotaciones patronales y de todas las opresiones estatales. A la democrática "Liga para la paz y para la libertad" sucedió la "Asociación Internacional de los Trabajadores"; y la sangre de los 35.000 comunales masacrados por la democracia burguesa en París en 1870 puso definitivamente un término a todas las ilusiones que hasta entonces eran suscitadas todavía en las mentes y en los corazones por las fórmulas falsamente igualitarias y liberales de los republicanos de un tiempo.

En 1870, cuando se derrumbó el imperio bonapartista, A. Aulard tenía veinte años. Era uno de aquellos jóvenes universitarios de entonces que soñaban, en reacción contra la opresión bonapartista y el obscurantismo católico, el advenimiento de la república democrática, laica, respetuosa de la libertad de pensamiento. Este ideal le inspiró hasta su muerte; y fué su fuerza, porque dió una unidad a su pensamiento y una inspiración elevada a su acción y a sus trabajos, pero fué también su debilidad, porque lo encerró dentro de los estrechos límites de sus fórmulas de que no supo jamás libertarse.

Inició su actividad de trabajador intelectual incansable como literato. Tradujo al francés gran parte de la obra poética de Giacomo Leopardi, y sobre este gran poeta italiano, y más que italiano, humano, Aulard publicó un estudio crítico de notable importancia. Pero pronto se dedicó casi exclusivamente a la historia y con mayor predilección y fecundidad a la historia de la revolución francesa. Dirigió también por largo tiempo la conocida "Revue de la Révolution Française", que ha sacado a relucir tantos documentos y aspectos ignorados de aquel período his-

tórico francés. Por algún tiempo fué su colaborador el antiguo internacionalista libertario James Guillaume. La nómina de sus obras sería demasiado larga: *Estudios y lecciones sobre la revolución francesa, El culto a la razón y el culto al ser supremo, La Revolución francesa, Los oradores de la revolución, Los Lunes revolucionarios (serie de artículos semanales), Polémica e historia, Taine, el historiador de la revolución, etc., etc.*

"El mayor mérito de Aulard — decía hace poco de él un admirador suyo, un demócrata italiano — fué el de librar a la revolución francesa de las envolturas de la ignorancia y de los preconceptos políticos, demostrando que podía y debía ser materia no de discusiones partidistas, sino de estudios científicamente severos. Opuso, por tanto, al lirismo de Michelet y a la animosidad de Taine, el método positivo, es decir verdaderamente histórico, que consiste en la reconstrucción objetiva de los hechos sobre la base de documentos seguros". Y muchos de estos documentos, como he notado más arriba, ha puesto en claro, con la ayuda de un "Comité de estudios sobre la revolución francesa" que había fundado de acuerdo con Jean Jaurés.

Entre las figuras de la revolución francesa, prefería amorosamente la de Dantón, al que dedicó uno de sus trabajos más sentidos. Sus críticas notan, sin embargo, no del todo erróneamente, que para exaltar y defender la figura de Dantón no siguió el método positivo como hubiera debido, porque se hizo demasiado esclavo de su tesis, de su simpatía, de la doctrina política que más le impulsaba a magnificar a Dantón, ese coloso de la revolución, lleno de luces resplandecientes, pero no desprovisto de sombras inquietantes.

La cosa es que, como notaba justamente un escritor comunista, "como la mayor parte de los historiadores de su generación, Aulard no veía en las grandes crisis más que el choque de los partidos y de los personajes". La historia económica no sólo no le interesaba, sino que le parecía imposible. Jaurés, en la introducción crítica a su "Historia socialista", le reprochó con energía "la falta de sentido de la evolución económica de la profunda y movida vida social".

Fué expresamente para darle una cátedra, que la Comuna de París en 1886 quiso que se creara en la

Sorbona — la célebre universidad parisiense — una cátedra de historia de la revolución francesa. Enseñó allí hasta que la avanzada edad se lo impidió.

Pero Alphonse Aulard no fué solamente un cate-drático y un universitario; no quedó encerrado en la torre de marfil de sus estudios, no se abarricó en una biblioteca contra las tentaciones de las luchas externas. Al contrario, como los intelectuales mejores del siglo pasado, participó en las luchas políticas, fué polemista apasionado. En la época del boulangismo, del asunto Dreyfus, de la lucha contra las congregaciones religiosas, y más recientemente del cartel de las izquierdas, se ha lanzado más de una vez en la contienda. Adepto del partido radical, a lo sumo socialista, no era ciertamente de los nuestros. Pero no creo que se haya puesto nunca contra nosotros, contra la causa de los trabajadores, contra los revolucionarios. Al contrario, en más de una ocasión estuvo cerca de nosotros, durante las agitaciones por las víctimas políticas, por la amnistía, por la causa de Sacco y Vanzetti, contra el fascismo, etc. Como era también periodista, en los muchos periódicos en los que, en París y en provincias, daba su prosa, no en vano se ha puesto contra sus mismos amigos llegados al poder, para defender, en la persona de humildes trabajadores y combatientes, la causa de la libertad y de la justicia.

Lo que le horrorizaba sobre todo en estos últimos tiempos era el fascismo. Lo odiaba verdaderamente con toda la fuerza de su noble corazón. Una noche, participando en una reunión de los antifascistas italianos emigrados, como vicepresidente de la Liga de los derechos del hombre, dijo: "Cuando el fascismo haya caído, invítadme a una reunión como esta en la Roma libertada; estuve con vosotros en el dolor, quisiera, estar con vosotros en la alegría. No pido más".

Pero su mente selecta, su noble espíritu se han extinguido antes de que su deseo pudiese convertirse en realidad. Y esta realidad parece todavía lejana... ¡No importa! nosotros estamos agradecidos a aquel deseo y a aquel augurio. Y sobre su tumba de adversario sincero, pero no de enemigo, también nuestra negra bandera puede inclinarse en señal de saludo reverente.

L. F.

MILITARISMO FEMENINO



En la Rusia de los soviets el veneno del militarismo activo ha penetrado hasta en los ambientes femeninos

CLEMENCIA JACQUINET

La sociología en la escuela

(Conferencia leída en el Centro Fraternal de Cultura, Barcelona, Agosto de 1903)

Queridos compañeros:

Me es imposible hacerme rogar cuando lo que se me pide me place en extremo. Verdaderamente hallé un inmenso placer en venir aquí a hablar un poco con vosotros. Así es, que ni os hablaré de mi escaso mérito, ni del honor que me prodigáis; frases todas de falsa modestia que a menudo ocultan un gran fondo de vanidad.

Digoos, pues, simplemente, fraternalmente: ¿Queréis escucharme? Muy bien; tomo la palabra por cuenta vuestra y a riesgo vuestro.

Permitidme comenzar con algunas reflexiones generales en materia de instrucción.

Está plenamente reconocido desde hace tiempo, que la peor ignorancia no consiste en ignorar, sino en saber mal las cosas.

Los errores más funestísimos son los que nacen de una verdad mal comprendida.

A cada instante tropezamos con dificultades que nacen de un error de apreciación, de un falso punto de partida en la interpretación de una idea o de un principio. ¡Cuántos hay que se dicen adversarios de opiniones que han interpretado mal y de las cuales sacan consecuencias tan absurdas como inesperadas!

Es tan grande el mal que causa la falsa ciencia, que es preferible a ella la ignorancia.

En efecto, no es raro encontrar personas completamente incultas cuyo buen sentido nos maravilla, mientras que estamos rodeados de gentes que han hecho lo que por antítesis se ha dado en llamar, unos buenos estudios, y que son incapaces de la menor iniciativa, cuyo bagaje universitario únicamente les ha servido para desviar la inteligencia del camino recto en que tan fácil y tan agradable es ir avanzando.

¿De dónde viene esa aparente contradicción?

Parecerá que emito una paradoja si os afirmo que nuestro hombre inculto es cien veces más instruido que ese triste fruto seco que sale de nuestras escuelas, y sin embargo, es una verdad. He aquí por qué.

Puede darse muy bien que el hombre entregado a sus propios impulsos no haya pasado indiferente entre su medio vital, que haya observado sus particularidades, establecido ciertas comparaciones entre los hechos y sus causas, en una palabra, que haya recibido de las mismas cosas lecciones de inapreciable valor. Habitado de este modo a confrontar lo real y tangible con sus consecuencias, lo extraño sería que hubiese pasado al lado de la verdad sin reconocerla, por lo menos en el límite del lado utilitario de las cosas, sobre el terreno fatalmente estrecho de los sucesos de su vida vulgar.

Me apresuro a decir que no generalizo con este ejemplo; por desgracia es demasiado verdadero que

la ignorancia es siempre una causa de error y de males de toda clase. He querido simplemente mostrar el poder de la observación como medio educativo.

Pero ¿qué esperar del buen sentido de un hombre que está acostumbrado a tomar siempre fuera de él mismo, la regla de su conducta a causa de la viciosa costumbre de no pensar sino a tenor de sus libros y de sus maestros?

Se ha dicho que los hombres, desde el punto de vista intelectual, se dividen en tres categorías: Unos que comprenden las cosas con el auxilio de sus propias facultades naturales; otros que tienen necesidad de que se las expliquen, y los últimos que no comprenden nunca nada.

En la segunda categoría hay que colocar, a consecuencia de una nefasta dirección de la educación y no por culpa de la naturaleza, a la gran mayoría de los que han frecuentado las escuelas, porque sus cerebros están disciplinados desde el comienzo de los estudios, porque están habituados a recibir la palabra del maestro como una verdad inmovible, porque están habituados a inclinarse ante una autoridad, ahogando de este modo la actividad intelectual que una gimnasia inteligente hubiera desarrollado en ellos.

Sobre el particular estamos todos de acuerdo en principio; únicamente que, por desgracia, pocos numerosos son los que tienen el valor de vencer a la rutina, la cómoda, la deliciosa rutina, para aplicar aquella teoría tan universalmente conocida.

Y sin embargo, no hay opiniones tan sólidas como las que podemos hacer nuestras con pleno conocimiento de causa, y que basándose en la personal observación de los hechos, no sobre abstracciones más o menos vagas, pueden afirmarse y ampliarse por medio de la discusión.

Por el contrario, además de la pérdida de nuestra iniciativa, hay otro peligro que resulta de la educación dogmática. Toda idea que se nos inculque a la fuerza o por sorpresa, cuando nuestro cerebro no está aun en disposición de recibirla libremente, por elección; cuando, sobre todo, esta misma idea ha sido también recibida dócil y superficialmente por el mismo individuo que nos la trasmite, sin haber sido lo suficientemente preparada y dilucidada, esta idea nos entrega sin defensa a los hábiles sofismas de los interesados en llevar la confusión a una inteligencia inexperta y pueden lanzarnos en un camino totalmente contrario al que quería conducirnos.

Estas reflexiones me conducen a la cuestión que me he propuesto estudiar con vosotros.

¿Hay que enseñar, sí o no, sociología en las escuelas?

La respuesta es clara. Si es verdad que el ob-

jetivo de la educación consiste en ayudar a los hombres a formarse, verdad será también que debe enseñárseles la ciencia social. Únicamente que hay que entenderse sobre este punto.

Para mucha gente, y desgraciadamente para muchos maestros, la ciencia social está contenida por entero en sus periódicos, en los problemas de emancipación que tan vivamente agitan nuestra época.

Todo su saber consiste en inculcar a sus discípulos sus opiniones preferidas, a fin de que causen en los cerebros una impresión imborrable, que se implanten en ellos y se extiendan ni más ni menos que a semejanza de una hierba parásita.

Todo lo que han podido encontrar mejor para formar libertarios es obrar al modo de los curas de todas las religiones.

No se dan cuenta de que forjando las inteligencias según su modelo predilecto hacen obra anti-libertaria, puesto que arrebatan al niño desde su más tierna infancia la facultad de pensar según su propia iniciativa, ya que nadie ni nada puede asegurarnos que el ideal que actualmente responde a nuestras aspiraciones, será forzosamente el ideal deseado de las generaciones venideras, cuando el medio natural evolucionando haya transformado las condiciones de vida de los hombres futuros. ¿Acaso no es posible que lo que hoy llamamos emancipación sea sino barrera para el porvenir?

No mil veces. La emancipación de la humanidad no consiste en profesar tales o cuales opiniones, sino en buscar el libre y completo desarrollo de los individuos.

Lo que importa es rodear a los jóvenes de una atmósfera en la cual puedan recoger espontáneamente un gran número de impresiones que irán coordinando a medida que sean capaces de reflexionar.

¿Por qué, pues, los maestros, aun aquellos que profesan ideas libertarias, tienen tan poca confianza en la libertad? ¿Por qué temen no haber hecho bastante con apartar el error de la escuela dejando simplemente el campo abierto a la verdad?

Dígnense echar una mirada escudriñadora al pasado. ¿Acaso los cerebros de los primeros que predicaron las reivindicaciones sociales fueron formados expresamente?

Todos, o casi todos los que han fomentado las revoluciones más fecundas y generosas, fueron educados, por el contrario, en las peores tradiciones autoritarias, bajo la doble y deprimente disciplina de la iglesia y del Estado aplicada a hacer de ellos dóciles instrumentos de sus ambiciones por medio de los procedimientos más eficaces para matar la inteligencia. ¿Cómo pudieron por consiguiente, libertarse de ataduras que tan sólidas parecían? Simplemente: rehaciendo ellos mismos su educación por un admirable acto de la voluntad; pasando por el tamiz de la observación inteligente y desinteresada todo lo que habían aprendido.

Por otra parte; si nuestras aspiraciones son justas, si nuestras críticas sociales están fundadas sobre la verdad, es de pensar y es de creer que se desprenderán por sí mismas, inevitablemente, de un estudio sincero, hecho según un método rigurosamente científico, de la naturaleza observada bajo todos sus aspectos, para deducir las consecuencias desde el punto de vista social.

A este estudio eminentemente fructífero se da el nombre de sociología, y este estudio es el que nuestros hijos y aun nosotros mismos tenemos que aprender.

Permitidme algún ejemplo para hacer comprender lo que yo entiendo por sociología escolar.

He oído discurrir a alumnos para afirmar que el dinero es nocivo en la sociedad. Sorprendido de lo superficial de las proposiciones de estos jóvenes sociólogos de 13 a 14 años, quise darme cuenta de la impresión real hecha por esta afirmación sin base, puramente dogmática, en niños de esta edad, y he aquí lo que obtuve:

—¿Qué entendéis, pregunté, por cambio de productos?

—Es el cambio, se me respondió, de una materia sobrante contra otra de que se carece.

—¿Y cómo se efectúa este cambio?

—Muy sencillamente, por ejemplo: el que tiene necesidad de pan da en cambio el vino que posee y le sobra.

Como se ve, los niños no habían traspasado la concepción del cambio individual.

Entonces les hice observar que, primitivamente, los cambios no se hacían de otro modo, que aun son la base del comercio actual, que en nuestros días hay varios pueblos que no tienen otro sistema de cambio que éste, y que, no obstante, en estos pueblos hay ricos y pobres y que su sociedad está tan mal constituida como la nuestra, y que precisamente el dinero fué inventado para facilitar los cambios a grandes distancias.

Los niños me escucharon con gran atención y poco faltó entonces que no me interrumpieran para sacar en conclusión que el dinero es necesario.

Pero como yo tuve empeño en no darle una idea falsa, les hice comprender tan claramente como pude que lo malo es el cambio individual y que este cambio tiene que substituirse por la circulación equitativa de los productos de la tierra y del trabajo.

Y entonces pensé, que si en lugar de hablar prematuramente a los niños de cosas que demandan una ilustración previa, se les enseñara a conocer las regiones naturales de la tierra, su clima, sus producciones y la manera de vivir de los diferentes pueblos que la habitan; si en vez de enseñarles maquinalmente los nombres de los Estados y sus capitales, se les enseñara paralelamente al lujo aparente de las grandes ciudades la miseria que ocultan en su seno y como al lado de los suntuosos edificios de un Londres o de un París hay los tugurios donde vegetan centenares de millares de familias obreras, se habría hecho entonces sociología seria y real al alcance de los niños.

Ninguna necesidad hubiera habido de sacar las consecuencias futuras de esos hechos que, agrupándose a otros hechos procedentes de cada rama de la ciencia, son por sí mismos elocuentes y hablan directamente al corazón entusiasta de los jóvenes, causándoles una impresión tan inolvidable como verdadera, impresión que pueda afrontar cualquier discusión y aun la misma discusión la robustece.

Y si a estos conocimientos geográficos añadimos, no la zoología, la botánica, la física, etc., tomado cada uno en detalle como es costumbre hacer, lo que recarga el programa de una escuela donde los niños por lo general no concurren más de dos o tres años, sino el conocimiento de la materia en sí misma, de su trabajo, de sus condiciones de equilibrio, siguiendo paso a paso las transformaciones de los seres vivientes, sus asociaciones por la vida, desprenderíamos los siguientes principios que los jóvenes encontrarían y utilizarían más tarde:

1.º Que el equilibrio de las energías entre los se-

res vivientes y el medio exterior reproduce la vida.

2.º Que en una colonia viviente, todos los colonos, es decir, todas las células que la componen, han de poder efectuar integralmente sus cambios con el medio exterior.

3.º Que ningún órgano puede, so pena de muerte, adquirir preponderancia en un cuerpo viviente. La equivalencia del trabajo ha de ser perfecta.

4.º Que cada célula, cada colonia debe traspasar cierto volumen, de lo contrario acarrea la ruptura del equilibrio vital, es decir, la muerte.

Si tocante a historia se enseñara a los niños de qué modo el hombre ha adquirido, al precio de largos siglos de esfuerzos, todo lo que hoy le distingue de los demás animales, incluso la palabra; si se les explicara las primeras sociedades humanas, las clases comunistas en que el hombre adquirió gradualmente todos los sentimientos altruistas que más le honran cuando los practica, y si, de otra parte, se hiciera ver al niño que todos los beneficios que hubiera podido proporcionar a la humanidad la evolución regular del clan, se ha perdido en virtud de las guerras hijas de nuestros Estados fundados en la autoridad; si se les hiciera ver y sondear, siglo tras siglo, el largo y terrible combate entre el poder dominador, militar y religioso, y la civilización hija del trabajo popular, elaborada y sostenida por el proletariado a pesar de todas las miserias, a pesar de todas las matanzas, rompiendo todos los obstáculos, derribando todas las barreras artificiales elevadas por la ambición, el orgullo y el vicio, ¿qué poder tendrían entonces, decídme, todas las razones sutiles, contra esta coraza tan bien forjada por esta enseñanza?

En fin, dejadme insistir sobre una ciencia universalmente omitida en la enseñanza: La de la higiene del trabajo.

Se ha calculado minuciosamente la fuerza de resistencia de las máquinas, la capacidad de trabajo de los animales; pero nadie se cuida de medir la fuerza de resistencia del hombre y de armonizar el esfuerzo que reclama un determinado trabajo con la duración de este esfuerzo. Se ha calculado y se enseña en las escuelas la cantidad de aire necesaria a cada individuo en tiempo ordinario; pero se olvida enseñar igualmente en qué proporciones esta cantidad de aire debe variar durante el trabajo muscular o intelectual, qué clase de alimentación es necesaria según las ocupaciones, qué género de reposo conviene a cada trabajo según su profesión, qué medidas preventivas y combativas es necesario adoptar según los peligros del trabajo, etc., etc.

Si, todo esto se olvida, y sin embargo, es una enseñanza de primera necesidad, infinitamente práctica, como base de las reivindicaciones obreras, y que daría una especial fuerza a los que la poseerían.

Pero para hacer verdadera sociología en la escuela, es necesario que los maestros tengan el valor de trabajar realmente y con perseverancia en instruirse de una manera lógica y rigurosa, que no se paguen de vano y superficial saber, que puedan enseñar algo más que la aritmética, la gramática, y lo que dicen los periódicos.

Es necesario, sobre todo, que conozcan a fondo la fisiología del niño en sus diversas fases de crecimiento a fin de hacer concordar el trabajo cerebral y el trabajo muscular y visceral de los alumnos.

Hay maestros, ciertamente, que no retroceden ante el estudio y consagran sus ocios en investigaciones personales en el campo de la pedagogía. Pero

éstos representan, por desgracia, la excepción. La mayoría de institutores tienen constantemente la palabra ciencia en los labios, la reverencian como a una deidad que está muy alta o muy distante, a manera de ídolo inaccesible, pues como dijo el sabio:

Nada tan conocido como el hombre,
Nada tan raro como la cosa.

Detengámonos al llegar aquí. Hubiera podido pasar revista a todos los órdenes de conocimientos y enseñar que, prohibiendo en las escuelas toda cuestión de opinión, que es tema de estudio para hombres hechos y no para niños, se puede y se debe enseñar sociología en la escuela; enseñar, en suma, por medio de las fluctuaciones de la evolución natural, los medios de vida que están a nuestro alcance en la misma naturaleza, las causas de muerte que proceden de la ruptura del equilibrio tanto físico como social, dejando para más tarde el aprender lo que ha de ser y los medios de realizar el ideal humanitario.

Mi conclusión, queridos compañeros, será fácil de deducir: todos nosotros debemos emprender una guerra encarnizada contra la rutina, trabajar para instruirnos, primero con nuestra propia experiencia personal y luego perseguir esta misma reforma en la escuela.

Si queriendo construirnos un abrigo contra la intemperie, nos contentáramos con un techo magnífico pero sostenido solamente con cuatro postes, no poseeríamos más que una mala cubierta bajo la cual estaríamos expuestos a todas las corrientes del aire puro o viciado y el menor vendaval se llevaría pronto edificio semejante.

Acordémonos de que para construir un edificio duradero, es necesario primero inspeccionar bien el terreno, hacer luego los cimientos, aportar buenos materiales y elevar sólidamente los muros a fin de que puedan soportar la techumbre que completa el edificio.

Así debemos proceder en materia de educación sociológica.



OCTAVIO MIRBEAU

AGRONOMIA

I.

M. Lechat me esperaba en la estación.

—¡Ah, por fin estáis aquí! — exclamó. — Es una suerte.

—Lo veis — dije — soy hombre de palabra...

—¡Bravo! ¡Me gustan los hombres de palabra a mí!... ¡Por aquí! ¿Y vuestro boleto?... Dadme vuestro boleto... Vamos, apresurémonos, subamos al coche... ¿Traéis equipaje?... No... Tanto mejor... ¡Por aquí!...

M. Lechat cogió un faldón de mi gabán, me hizo atravesar la estación al trote, y me arrastró de ese modo hacia su victoria, estacionada, con otros coches, en una pequeña plaza salpicada de acacias.

—¡Subid, subid, pardiez! — gritóme.

Y dirigiéndose al cochero, ordenó:

—Tú, en marcha y prontamente... ¡Y ya sabes!... si alguno de esos imbéciles pasa delante, te pongo en la calle!... ¡Al castillo, pronto!

Los caballos piafaron, bailaron un instante sobre sus patas delgadas, balanceando la cabeza y el coche voló sobre la ruta. Arrodiado sobre los cojines, inclinado sobre el toldo, M. Lechat vigilaba atentamente a los demás coches que, detrás de nosotros, desaparecían uno por uno y formaban pequeñas nubes de polvo.

—¡Atención! — decía al cochero de tiempo en tiempo — ¡atención, redlós!

Pero marchábamos con presteza. A derecha y a izquierda, la campiña parecía arrastrada en una carrera loca... Al cabo de algunos minutos, los coches rivales no formaban más que un punto gris sobre la blancura de la ruta, y el punto gris mismo se borró.

Tranquilizado, M. Lechat se sentó y lanzó un suspiro de alivio.

—No quiero que ninguno me pase — declaró, poniendo su gruesa mano sobre mis rodillas — no lo quiero... ¿comprendéis eso?

—¡Pardiez! — dije — ya lo creo que lo comprendo.

—¡Hombre, sois franco vos! ¡Bravo!... ¡me gustan los hombres francos, a mí!... Es cierto, también, hay dos o tres hidalgos que ni siquiera tienen veinte mil francos de rentas, y que querrían luchar con mis trotadores... Mira... ¿Lo permites, eh? Mira mis trotadores... Dieciocho mil morlacos, mi viejo, dieciocho mil...

Volvió una vez más la cabeza y no observando nada sobre la ruta, ordenó al cochero moderara el andar de los caballos... M. Lechat me apretó fuertemente las rodillas.

—Escucha, dijo nuevamente, vas a ver... Anteayer... ¿Pero no te molesta que te tutee?...

—¡No! Al contrario...

—¡Bravo! Me gusta el tuteamiento, a mí... Anteayer volvía de Sainte-Gauburge, por los bosques... El camino es estrecho y practicable sólo para un

coche... ¿Qué veo a cincuenta pasos adelante?... El duque de la Ferté... Un gran tonto... No quiero que nadie me pase y mucho menos el gran tonto del duque de la Ferté... Digo al cochero: "Pasa, redlós". —"No hay sitio", contesta el cochero. — "Entonces, atropella y arrójame duque, coche y caballos en el foso..." No, pero vas a reírte!... El cochero lanza sus caballos... ¡Patatrás!... El duque por un lado, yo por otro y el cochero a diez metros en el soto... ¡Qué mermelada!... No pierdo la chaveta... presto me pongo en pie, desenredo los caballos, levanto el coche y paso... mientras que el duque, con las cuatro patas en el aire... ¡ja, ja, ja! ¡He ahí cómo los trato a tus duques!... ¿Qué dices de ello?

—¡Es admirable!

—¿No es cierto?... ¡Cáspita, es justo!... Tengo quince millones... ¿Y el duque qué tiene? Apenas dos miserables millones... ¿Y las ovejas? ¡Hay que ver cómo aplasto a las ovejas!... He aplastado también a niños, hijos de pobres... ¿Qué importa?... Pago.

Y M. Lechat se frotó las manos.

—Con precedimientos semejantes, debéis tener una buena popularidad en el país — le pregunté.

—¿Si soy popular? Verás eso en las elecciones, mi pequeño... ¿Sabes cómo se me llama? — añadió regodeándose... Se me llama Lechat-tigre... ¿es lindo, eh?... ¿Lechat-tigrre? (1).

Durante algunos minutos imitó grotescamente a los gatos coléricos, con los ojos redondeados, los labios apartados y erizando su raquítico mostacho; después me dijo de repente:

—Todo lo que ves a derecha, a izquierda, delante, detrás, todos esos campos, todas esas casas, todas esas praderas, y mas allá todos esos bosques, todo es mío... ¡Y todavía no ves nada! Tengo propiedades en tres distritos, catorce comunas... Tengo seiscientos setenta y siete campos... Por otra parte, verás todo eso sobre mi plano, en el vestibulo de mi castillo... Se necesitan veintidós horas para dar la vuelta de mi propiedad, veintidós horas... por causa de los recodos... pero verás todo eso sobre mi plano... es sorprendente... Verás también mis vacas, mis cincuenta y siete vacas, verás mis ciento noventa bueyes cotentinos, verás mis viveros... En fin, verás todo... ¡Oh, no vas a fastidiarte!

Se recostó sobre el respaldo de la victoria, alargó las piernas, cruzó los brazos y sonriendo con una sonrisa beata, contempló sus campos, sus praderas, sus bosques, sus casas, que desfilaban, huían tras nosotros. Algunos campesinos, al verlo pasar, levantaban la cabeza, se detenían en sus tareas y saludaban muy bajo; pero M. Lechat no prestaba ninguna atención a ello.

(1) En francés "Chat-tigre" significa gato montés.

—¿No saludáis nunca? — dije.

—¿A esa gente? — contestóme con repugnancia y encogiéndose de hombros. — Mira, he aquí lo que me inspiran, y de una puñada hundióse el sombrero en la cabeza maullando ferozmente...

Pequeño, vivo, muy feo, ojos trapaceros, boca floja, tal era físicamente Teódulo Enrique José Lechat, de la antigua casa Lechat y Cia.: Cueros y pieles, casa célebre en todo el oeste de la Francia. Durante la guerra, Lechat había tenido la idea genial de fabricar, para el ejército, cueros con cartón, trapos y esponjas inservibles. Había resultado que, hacia 1872, se retiró de los negocios industriales condecorado con la Legión de honor, con un capital de quince millones y que compró el dominio de Vauperdu para dedicarse completamente a la agronomía, como decía pomposamente.

El dominio de Vauperdu es uno de los más bellos que se hallan en Normandía. Además del castillo, imponente espécimen de la arquitectura del décimo sexto siglo, y las reservas considerables de bosques, herbajes, tierras arables que lo rodean, se compone de veinte granjas, cinco molinos, dos montes y muchas praderas, dando el todo una renta de cuatrocientos cincuenta mil francos.

Después de haber vendido sus tenerías y curtiderías, M. Lechat vino a instalarse en Vauperdu, con la mujer con quien habíase casado cuando no era más que un pobre obrero, de lo cual se arrepentía furiosamente hoy. Mme. Lechat no tenía, al mismo grado que M. Lechat, elegancia, ortografía ni gracias mundanas; pero, bajo la pollera de seda y el sombrero a la moda torpemente llevados, quedaba siempre la campesina sencilla, honesta, de buen sentido, como antes, y M. Lechat sufría mucho, en su repentina transformación de curtidor en hidalgo aldeano — aunque ostentara opiniones republicanas muy avanzadas — por la inferioridad social de su mujer y se irritaba que denotara demasiado su nacimiento vulgar y su pasado de plebeya.

No se poseen en un país cuatrocientos cincuenta mil francos de renta en tierras, sin que se origine una gran notoriedad. Lechat era, pues, el personaje más conocido de la comarca, siendo el más rico, y no pasaba un minuto sin que a diez leguas a la redonda, no se hablara de él. Se decía: "Rico como Lechat". Ese nombre de Lechat servía de punto de comparación forzoso, de medida obligada para designar fortunas hiperbólicas. Lechat destronaba a Cresco y reemplazaba al marqués de Carrabás. Sin embargo, no era querido y aunque los campesinos se apresuraban para saludarlo obsequiosamente, todos se burlaban de él, cuando había pasado, pues era grosero, molesto, fantástico, jactancioso y muy soberbio, bajo apariencias familiares y maneras de buen muchacho que no engañaban a nadie. Tenía una manera de hacer el bien tan alborotadora y torpe, que desconcertaba a las gratitudes, y sus limosnas, inhábiles para disfrazar el tremendo egoísmo del parvenu, en lugar de propagar un apaciguamiento en el alma de los pobres, les inundaban de odio, tanto tenían el carácter de continuos insultos a sus miserias. Por lo demás, se había presentado tres veces en las elecciones, y tres veces, a pesar del dinero locamente despilarrado, no había podido reunir más de trescientos votos sobre veinticinco mil. Tales eran los informes que había obtenido sobre M. Lechat, cuyo nombre volvía sin cesar en las conversaciones del país.

Un día, lo encontré por casualidad. Ese día M. Lechat no me dejó y me prodigó todas las vulgaridades de su cortesía. Quería recibirme en Vauperdu, hacer-

me los honores de sus explotaciones agrícolas, y como pretextara de mi salvajismo, mis gustos sedentarios, mis ocupaciones...

—¡Ta!... ta!... ta!... — me dijo golpeándome sobre el hombro... Veo lo que hay... ¿no podéis desenvolverme la hospitalidad, eh?... ¿Es eso lo que os molesta?... Pues bien, me lo retribuiréis hablando de mí en los diarios!

El tacto exquisito de M. Lechat me había vencido. El coche rodaba por una ancha avenida de magníficos olmos, a cuyo confín, en el sol, dejaba ver el castillo de Vauperdu sus techos inclinados, de aristas historiadas y su hermosa fachada de piedras blancas, imbricada de rosado.

—¡Ah! ¡Vemos llegado, mi viejo — exclamó M. Lechat... Y bien ¿qué es lo que me dices de mi punto de vista?

II

Un hombre viejo, de barba gris, encorvado, tosido, que se paseaba a lo largo de la escalinata con las manos atrás, se precipitó a nuestro encuentro. Respetuosamente ayudó a M. Lechat a bajar del coche.

—Y bien, tío la Fontenelle, ¿has ido a buscar el veterinario para la vaca?

—Sí, señor Lechat.

—Ante todo, quítate el sombrero... ¿Acaso en tu mundo se enseña a los domésticos a hablar a los amos con el sombrero puesto?... Muy bien... ¿Y qué te ha dicho el veterinario?

—Ha dicho que era preciso matarla, señor Lechat.

—Es un necio tu veterinario... ¡Matar una vaca de quinientos francos!... Vas a hacerme el placer, tú, la Fontenelle, de conducirla tú mismo, ¿lo oyes bien?... tú mismo, al curandero de Saint Michel... Y en seguida... Vamos, hop, señor conde!

El viejo saludó e iba a alejarse, cuando Lechat volvió a llamarlo con un *psstt*, como se hace a los perros.

—Te permito — dijo — que vuelvas a ponerte el sombrero y hasta tu corona, si no la has vendido con lo demás... Vete ahora.

Y volviéndose hacia mí, el truhán de M. Lechat me explicó que el viejo era su administrador, que se llamaba auténticamente el conde de la Fontenelle y que lo había recogido arruinado, sin recursos, para salvarlo de la miseria.

—¡Sí, mi viejo — concluyó — es un noble, un conde!... ¡Ahí tienes lo que yo hago con tus condes!... ¡Oh! ¡la nobleza está bastante mal parada en mi casa!... Lo cual no impide que ese gran señor me deba la vida, ¡eh!... Entremos.

El vestibulo era inmenso. Una escalera monumental, adornada de un pasamanos de roble viejo, conducía a los pisos superiores. Las puertas se abrían sobre hileras de piezas, de las cuales se veían los vagos muebles, cubiertos de fundas y las arañas envueltas en gasa metálica. Frente a la puerta de entrada el plano del dominio, enorme mapa teñido de colores vistosos, ocupaba todo un *panneau*.

—¡Hombre! — me dijo Lechat — ahí está mi plano. Mis campos, mis bosques, los ves como si te pasearas dentro... Esos cuadros rojos son mis veinte granjas... Diviértete en mirarlo, mientras voy a avisar a mi mujer... Ya sabes, no te molestes, míralo todo... ¿Quieres despojarte de tu sombrero?... Ahí, a la izquierda, está la percha... no te molestes... No vayas a figurarte que mi mujer es como las damas de París... Es una campesina, te lo advierto, le falta mundo. ¡Si supieras!... Es espantoso el perjuicio que me causa... En fin, ya está... Ello es así...

¿Ves ese punto negro?... es mi destilería... ¿Quieres sentarte?... no te molestes.

Había pocos muebles a mi alrededor: grandes armarios de caoba, mesas, sillones de mimbre, banquetas de cuero y algunos cuadros de caza; pero sobre los armarios, sobre las mesas, encima de los cuadros, en todas partes había pájaros embalsamados, en posturas dramáticas, que llevaban, suspendidas en el cuello, placas de cobre en las cuales se habían grabado inscripciones como ésta:

GARZA REAL

muerta por

M. TEODULO LECHAT
propietario del dominio Vauperdu
en su pradera de Valdieu el
25 de Septiembre de 1880

Noté también, en una jardinera de mármol colocada debajo de un gran espejo, zuecos, chinelas, coturnos de caucho, toda una mezcla confusa de objetos extravagantes y horribles.

Lechat no tardó en volver, acompañado de su mujer. Era ésta una persona pequeña, gorda y sonriente que rodaba, más bien que andaba. Tenía ojos a los que no faltaba ni sutileza ni franqueza y un gorro inmenso, coronado por flores amontonadas y cuyas anchas cintas flotaban como alas sobre sus hombros. Mme. Lechat hizo dos reverencias y me dijo con voz un poco ronca:

—Sois muy amable, señor, muy amable por haber venido a visitar a Lechat. ¡Oh! ha debido relataros cuentos y cuentos, pero no hay que hacer caso de lo que dice... No hay hombre más mentiroso ni tan travieso... Eso le perjudica cuando no se le conoce, y en el fondo es mucho menos malo de lo que parece... Es una manfa que tiene de hablar a troche y moche... Dios mío, no sabe qué inventar... Cuando está dispuesto, habla, habla, no se detiene nunca...

Lechat mecía la cabeza; se encogía de hombros y me miraba, guiñando el ojo para inducirme, sin duda, a no escuchar por más tiempo las pataratas de su mujer.

—Tenéis — dije a Mme. Lechat, para desviar el giro de la conversación — tenéis una propiedad soberbia.

Mme. Lechat suspiró.

—Es demasiado grande, como veis... No puedo acostumbrarme a tan grandes habitaciones... Uno se pierde... Y después, ¡cuesta todo eso tanto dinero!... Y Lechat, empecinado en cultivar él mismo... No quiere hacer nada como los demás... Todos los días son invenciones nuevas, máquinas a vapor, experimentos! ¡Oh! el dinero que cuesta todo eso, no es para decir... Sé muy bien que el trigo no se vende... nadie lo quiere ya y no es ventajoso sembrarlo... Pero, figuraos que Lechat ha imaginado sembrar arroz en su reemplazo! Dice: "Si el arroz brota en la China, por qué no brotaría en mi dominio?" No ha brotado, como era justo... Y para todo es lo mismo.

Un sirviente entró.

—Y bien, muchacho, ¿está pronto el almuerzo? — interrogó la mujer.

Y volviéndose en seguida hacia mí me preguntó:

—Debéis tener hambre! Desde esta mañana que estáis en marcha... ¡Ah, caramba, en casa es como en familia!... ¡en la guerra como en la guerra!... No es un motivo, porque somos ricos, para no comer sino trufas y derrochar los alimentos... ¡Vamos a almorzar!... Dí, Lechat, ¿el señor bebe sidra, sin duda?

—Ciertamente que bebe sidra — afirmó resueltamente Lechat que me arrastró al comedor, repitiéndome muy bajo, al oído:

—No hagais caso a la patrona; no tiene mundo... ¡Lo que me perjudica!

El almuerzo fué execrable. Se componía sólo de restos acomodados con extravagancia. Noté sobre todo un plato fabricado con pedacitos de carne de vaca antes asada, de ternera antes en salsa blanca, de pollo salido de no se sabe qué lejanos guisados, el todo nadando en un charco de aceituna líquida, que me pareció la última palabra de lo arlequinesco. Cinco o seis botellas de vino, casi vacías, estaban en hilera sobre la mesa, ante Lechat, que de tiempo en tiempo las escurría en mi vaso, teniendo cuidado de declarar cada vez, que no "destapaba" el vino fino sino el domingo y sólo en la semana cuando esperaba gente.

Asombrado por lo que veía y oía desde hacía una hora, no sabía, en verdad, qué continente debía presentar. Ante esos dos pobres seres extraviados entre los millones por una inquietante ironía de la vida, una gran melancolía me invadía y, al mismo tiempo, el hedor de la fortuna nociva y sórdida me llenaba el corazón de asco. A ello venía a añadirse el amargo sentimiento de la inanidad de la justicia humana, de la inanidad del progreso y de las revoluciones sociales, cuyo resultado era: Lechat y los quince millones de Lechat. ¡Así, para permitir a Lechat revalorarse estúpidamente en el oro robado, en el oro inmundo, era que los hombres habían lanzado a todos los vientos de los siglos las simientes de la idea y que el rocío sangriento había caído desde lo alto de los cadalsos populares sobre la vieja tierra, agotada y estéril! Y por la ventana abierta del comedor, que encuadraba como en un marco a la suave fuga de las alfombras de musgón del valle y a los macizos de los oquedales azulados, me parecía ver encaminarse, desde todos los puntos del horizonte, las multitudes malditas de los miserables y de los desheredados, que venían a triturarse los miembros y a aplastarse la cabeza contra los muros del castillo de Vauperdu. Quedaba silencioso, ninguna palabra llegaba a mis labios.

De repente, Lechat exclamó: Cuándo seré diputado... Sí, cuándo seré diputado...

Terminó su pensamiento, haciendo girar su tenedor por encima de él. Su mujer lo miró con piedad y se encogió de hombros repetidas veces.

—Cuándo serás diputado — repitió... ¡Diputado tú!... ¡Ah, sí, diputado!... eres demasiado bestia para ello!...

Después, requirió mi testimonio.

—Os lo pregunto, señor... ¿Es razonable decir cosas semejantes? Tal como lo veis, se ha presentado tres veces... ¡Y las tres veces ha obtenido sólo trescientos votos... ¡Hubiera tenido vergüenza, yo, en su lugar, seguramente! Pero ¿sabéis cuánto nos han costado esos trescientos votos?... Seiscientos mil francos, señor, tan cierto como esa botella está ahí! ¡Oh! he hecho la cuenta, sí... Son seiscientos mil francos, ni un céntimo menos... es decir, que un voto por otro cuesta dos mil francos... Y habla de volverse a presentar todavía... Ved, no podríais jamás imaginaros lo que ha inventado para la última fiesta del 14 de julio, como manifestación, según dice... Pues bien; ha hecho pintar de tricolor a todos los troncos de árbol de la avenida.

Lechat sonreía, se frotaba las manos, parecía gozoso de que se recordara uno de sus grandes actos, una de esas ideas superiores, como le surgían a veces

del cerebro. Buscaba en mi mirada, una aprobación, un entusiasmo.

—¡Era buena esa, eh! — me dijo — pero ¿qué entienden las mujeres en la manera como debe conducirse al pueblo?... Escúchame, mi viejo... Esta vez seré electo y no me costará ni un céntimo... Tengo un plan de combate, verás mi plan!... Me presento como agrónomo socialista... Soy el candidato de la agronomía radical... ¡No más ejército, no más justicia, no más recaudadores, suprimo todo eso... No más pobres, todos propietarios!... Verás mi plan más tarde en el momento de las elecciones... No; ¡pero lo que va a escocerles — lo curas!... ¡Ah! olvidaba: no más curas tampoco... ¡porque son los curas los que me han impedido ser electo, porque soy libre pensador, yo! ¡porque no me alimento con su Dios, yo!... ¡Ah!... ¡ya reírán con mi plan de combate los clerizontes!

A esta palabra, Mme. Lechat se encolerizó y gritó:

—¡Cállate!... Te prohíbo llamar así a los sacerdotes y hablar mal de la religión delante de mí ¿lo oyes?... ¡Dios mío! ¡él, es peor que los niños!... No creáis que es irreligioso, señor... pero cuando se halla en compañía, tiene que alabarse siempre, no puede sofrenarse... Por eso, en seguida como se siente un poco mal, todo está perdido y pronto, pronto un sacerdote! ¡Si se le escuchara, a ese pobre señor, tendríamos siempre el cura en casa, administrándole los últimos sacramentos!

Para disimular la molestia que le causaban los reproches de su mujer, Lechat tamborileaba sobre la orilla de su plato, seguía en el cielo raso el vuelo de una mosca y silbaba indolentemente. Después tosió y cambió bruscamente el giro de la conversación.

—Es una lástima, me dijo, que no hayas venido al castillo, hace quince días... ¡He bailado el cancán! ¡hubieras visto como bailo el cancán! Como en París, viejo!

Y agitando sobre su silla, se puso a lanzar sus brazos adelante y a imprimirles movimientos grotescos.

—¡Ah! te aconsejo alabarte también de eso, suspiró Mme. Lechat, porque es por tu culpa, por tu cancán, que nos faltan nuestras camisas... Os hago juez, señor... Todos los meses recibimos a esos caballeros de la ciudad... Son caballeros muy amables y las señoras también... Mr. Gatinel, sobre todo, el guardián de las hipotecas, es muy jovial... Eso es cierto, sabe hacer reír a la gente... Figuraos que toca el piano con los pies, con la nariz, con todo y toca muy bien... A mí me divierte, Mr. Gatinel... y después todo lo que dice es tan gracioso!... Pues bien, esos caballeros habían venido y sus señoras también, hace quince días... Después de la comida se ha bailado... ¡una idea que les pasó por la cabeza!... Hacía calor, si os acordáis y caramba ellos sudaban, sudaban!... era horrible ver como sudaban... Se había abierto las ventanas, sin embargo... Pero había una gran tempestad en el aire... Y además se agitaban mucho... ¡Era tan bonito!... Cuando se divierte, el tiempo no pasa, no es cierto, y se olvida todo... Habíamos olvidado la hora del tren! Me dije: "Dios mío, vamos a estar obligados a hacer dormir a esa gente en el castillo y no es una bicoca... Aunque haya muchas piezas, son las sábanas que faltan a menudo, y sábanas para dieciséis personas, es como para perder la cabeza... ¡Tanto peor!... Finalmente, bien o mal se arreglaron como pudieron... Solo que no era eso todo... Había que dar camisas a toda esa gente, porque verdaderamente las suyas esta-

ban mojadas, tan mojadas como si saliesen de la colada... Lechat presta las suyas a esos caballeros; yo presto las mías a las señoras. Después hago secar en el horno, durante toda la noche, las camisas de ellos, diciéndome que podrían volver a ponérselas el día siguiente... El día siguiente las camisas estaban secas, como era justo. Pero si hubiérais visto eso, estaban sucias, sucias, todas arrugadas, verdaderos trapos. No había medio, ningún medio... Entonces Lechat volvió a prestar camisas de día a los señores... Y todo el mundo se ha ido, muy contento!... Pues bien, querido señor mío, hace quince días de eso y guardan siempre vuestras camisas!... Diréis lo que queráis, pero yo encuentro que eso no es delicado... Aunque se tenga mucha lencería, dieciséis camisas empiezan a contar en un ajuar...

El almuerzo había concluido. Nos levantamos de la mesa, y Lechat tomando mi brazo me arrastró muy pronto, diciéndome que iba a enseñarme sus explotaciones agrícolas... Y partimos.

•••

Desembarazado de su mujer, Lechat se había vuelto nuevamente jovial, expansivo, locuaz y más jactancioso que nunca. Me suplicó no creyera una palabra de todo lo que ella había contado durante el almuerzo y me dió su palabra de honor de que era un libre pensador, que no creía ni en Dios ni en el diablo, y que en el fondo se mofaba no poco del pueblo, aunque era socialista... Me confió también que tenía una querida en la ciudad, en la cual gastaba mucho dinero, y que todas las jóvenes hermosas de la campaña estaban locas por él.

—¡Ah! ¡pobre mujer! — concluyó — como la engaño! ¡como la engaño a todas!

Visitamos los establos, las caballerizas, el corral y no pasó por alto una vaca, ni una gallina, diciendo el nombre de cada bestia, su precio y sus principales cualidades. Al atravesar el parque, quiso hacerme saber que poseía doce mil encinas de alta arboleda, treinta y seis mil pinos, veinticinco mil novecientos setenta y dos hayas. En cuanto a los castaños, había tantos que no podía saber su número exacto. Al fin, desembocamos sobre la campaña.

Una gran llanura se extendía ante nosotros, pelada, sin una brizna de hierba, sin un árbol. La tierra lisa como una carretera, había sido cuidadosamente rastreada y pasada bajo el rodillo y el viento levantaba nubes de polvo que se retorciaban en rubias espirales y se desmelenaban al sol. Me sorprendí al no percibir, en pleno mes de Agosto, ni un triguil, ni un campo de trébol...

—Estas son mis reservas — me dijo Lechat — Voy a explicarte... Como lo comprendes, yo no soy un agricultor; soy un agrónomo... ¿Notas bien la diferencia? Eso quiere decir que cultivo como un hombre inteligente, un pensador, un economista y no como un campesino... Pues bien, he notado que todo el mundo sembraba trigo, cebada, avena, remolacha... ¿Qué mérito hay en eso, y en el fondo para qué sirve?... Además el trigo, las remolachas, la cebada, la avena, todo eso es ya muy viejo, muy gastado... Se necesita otra cosa: el progreso marcha, y no es un motivo porque todo el mundo esté atrasado, para que yo, Lechat, yo, castellano de Vauperdu, con una riqueza de quince millones, lo sea también... ¡Se debe marchar con su siglo, que diablos!... Entonces he inventado un nuevo método de cultivo... Siembro arroz, té, café, caña de azúcar... ¡Qué revolución!... Pero te das bien cuenta de todas sus consecuencias?...

¡Parece que no comprendes! Con mi sistema, suprimo las colonias, sencillamente; y al mismo tiempo suprimo la guerra!... Estás derribado, eh?... no hubieras pensado nunca en eso, tú?... No hay necesidad de ir a buscar en el fin del mundo todos esos productos... De hoy en adelante, se encuentran en mi casa... Vauperdu, he aquí las verdaderas colonias! Es la India, la China, el Africa, el Tonkin... Solamente, lo confieso, mi cosecha no ha brotado todavía. No... Se me dice: "el clima no vale nada..." Pura farsa! el clima no importa al asunto... Es el abono, y lo busco... Tengo un químico, para quien he hecho copstruir allá, detrás del bosque, un pabellón y un laboratorio... Es él, quien busca desde hace tres años... No ha encontrado, pero encontrará... Así lo que ves ahí es arroz, todo es arroz... Yo creo una cosa; y es que los pájaros, que han comido bastante trigo desde el tiempo que lo hacen, se han echado sobre el arroz y no han dejado ni un grano... Ahí está lo que creo... Por eso los hago matar a todos... Puedes mirar, no hay ya ni un pájaro en mi propiedad... He sido sagaz; pago dos centavos por cada verdón, cinco por cada curruca, diez por cada rulseñor, quince por cada jilguero. En la primavera, doy veinte centavos por un nido con sus huevos. Me llegan desde más de diez leguas a la redonda... Si eso se propaga, en algunos años habré destruido a todos los pájaros de la Francia. Vamos... voy a enseñarte ahora algo de curioso.

Y haciendo remolinear su bastón en el aire, se puso a caminar por el arrozal a grandes zancadas, bajándose a veces para arrancar una brizna de hierba, que volvía a arrojar después de haberla examinado, diciendo:

—No, es gramilla.

Al cabo de una hora de marcha sobre la tierra polvorienta y ardiente, llegamos ante un vasto campo todo verde que, saliendo desde la orilla de una carretera, subía suavemente hasta el confin de los bosques... Y semejante a los personajes de las tragedias clásicas quedé estúpidamente extático... Sobre el fondo claro de la alfalfa se destacaban, en el trébol verde obscuro, todas las letras, netamente dibujadas, que formaban el nombre de

TEODULO LECHAT

El nombre estaba no solamente legible sobre la loma verde, sino que hasta parecía viviente. La brisa, que mecía la extremidad de las hierbas y las hacía ondular, como las olas, agrandaba a veces las letras del nombre, y a veces las encogía, según su dirección y su intensidad. Lechat, el rostro dilatado, contemplaba su nombre que se estremecía, bailaba y corría, salpicado aquí y acullá de amapolas, sobre la mar de deslumbrante verdura. Gozaba viendo a ese nombre mágico, ostentando a la faz del cielo, expuesto incesantemente a las miradas de los pasajeros que, sin duda, se detenían ante él, lo deletreaban y lo pronuncian con una especie de temor misterioso... Arrojado, encantado, murmuraba muy despacio examinando cada sílaba:

¡Teódulo Lechat! Teódulo Lechat!

Volvió hacia mí su cara radiante de alegría triunfante:

—¿Es una buena idea, eh?... Figúrate que he hecho venir a un jardinero de París para sembrar en este campo, porque puedes pensar bien que nadie aquí hubiera sido capaz de tal rasgo... Es halagador el ver su nombre escrito así, ¿no es cierto?... Se dice enseguida al ver ese nombre: "Ese al menos no

es un mascarón". Además, si todos firmaran sobre sus campos, no habría ya discordia sobre la propiedad... ¡Oh! tengo todavía ideas nuevas más sorprendentes!... Ven por acá.

Costeamos el campo de alfalfa, penetramos en el bosque a través de un corte de castaños y al entrar en una amplia avenida de parque, vimos venir a una pobre mujer cuyo lomo se doblegaba bajo el fardo de un haz de leña seca. Dos niñitos en harapos y descalzos, la acompañaban. Lechat se volvió purpúreo, una llama de cólera se encendió en sus ojos y alzando el bastón, se precipitó hacia la mujer.

—Mendiga, ladrona — gritó — ¿qué vienes a hacer en mi propiedad? ¡No quiero que se recoja mi leña seca, no lo quiero, miserable vagabunda!... Vamos arroja el haz... ¿Quieres arrojar el haz, cuando lo ordeno?

Cogió el haz por el vencejo que lo ataba y lo sacudió tan violentamente, que la mujer rodó con su carga sobre el camino.

—¿Y quién te ha permitido pisar en mis avenidas con tus pies sucios, dí? ¿crees quizás que las hago raspar para tí, vieja ladrona?... ¿Quieres contestar, me cuando te hablo?

La mujer, siempre en tierra, gemía.

—Mi buen señor, no os hago daño. He recogido siempre la leña... Y nadie, por caridad, nos ha dicho nada... ¡Somos tan desgraciados!

—Nadie te ha dicho nada — replicó el feroz castellano, blandiendo su bastón — ¿Acaso no soy nadie yo? Soy M. Lechat de Vauperdu... ¡Toma ladrona, toma mendiga!

El bastón caía y volvía a caer sobre la vieja leñadora, que lloraba, se debatía, pedía socorro, mientras que los niñitos atemorizados lanzaban gritos desgarradores... Y entre los suspiros y sollozos, se oía la voz de la miserable que decía:

—¡Ay, ay! no tenéis el derecho de golpearme, mal hombre... Ay, ay! Os haré condenar por el juez de paz. ¡Ay, ay! lo diré a los gendarmes.

A la palabra de gendarmes, Lechat se detuvo de repente... Sus ojos, inyectados en sangre tomaron una súbita expresión de terror y su rostro purpurado palideció de golpe. Sacó una moneda de oro de su portamonedas y la deslizó, casi suplicando, en la mano de la vieja:

—Ahí tienes veinte francos, pobre mujer — le dijo —Lo ves, son veinte francos. ¡Já! ¡já!... ¿Es lindo veinte francos, eh?... Además, ya sabes, recogé tanta leña como quieras... Cuando no tengas más, volverás a pedirme, Vamos, hasta la vista.

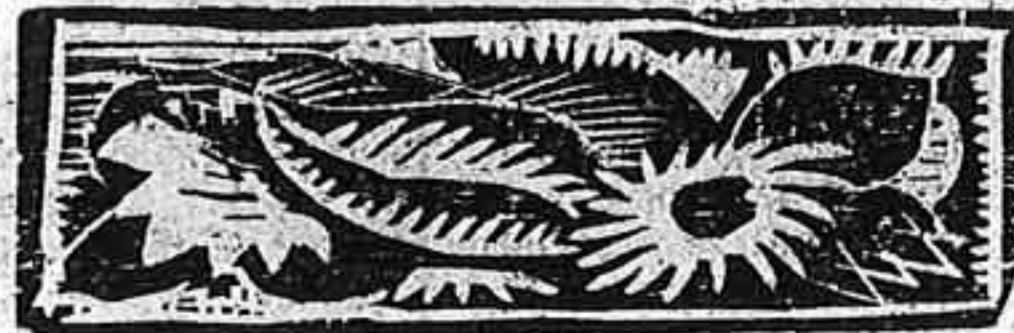
Volvíamos al castillo, silenciosos.

La hora de mi partida se aproximaba. En el momento de subir al coche, Lechat me dijo:

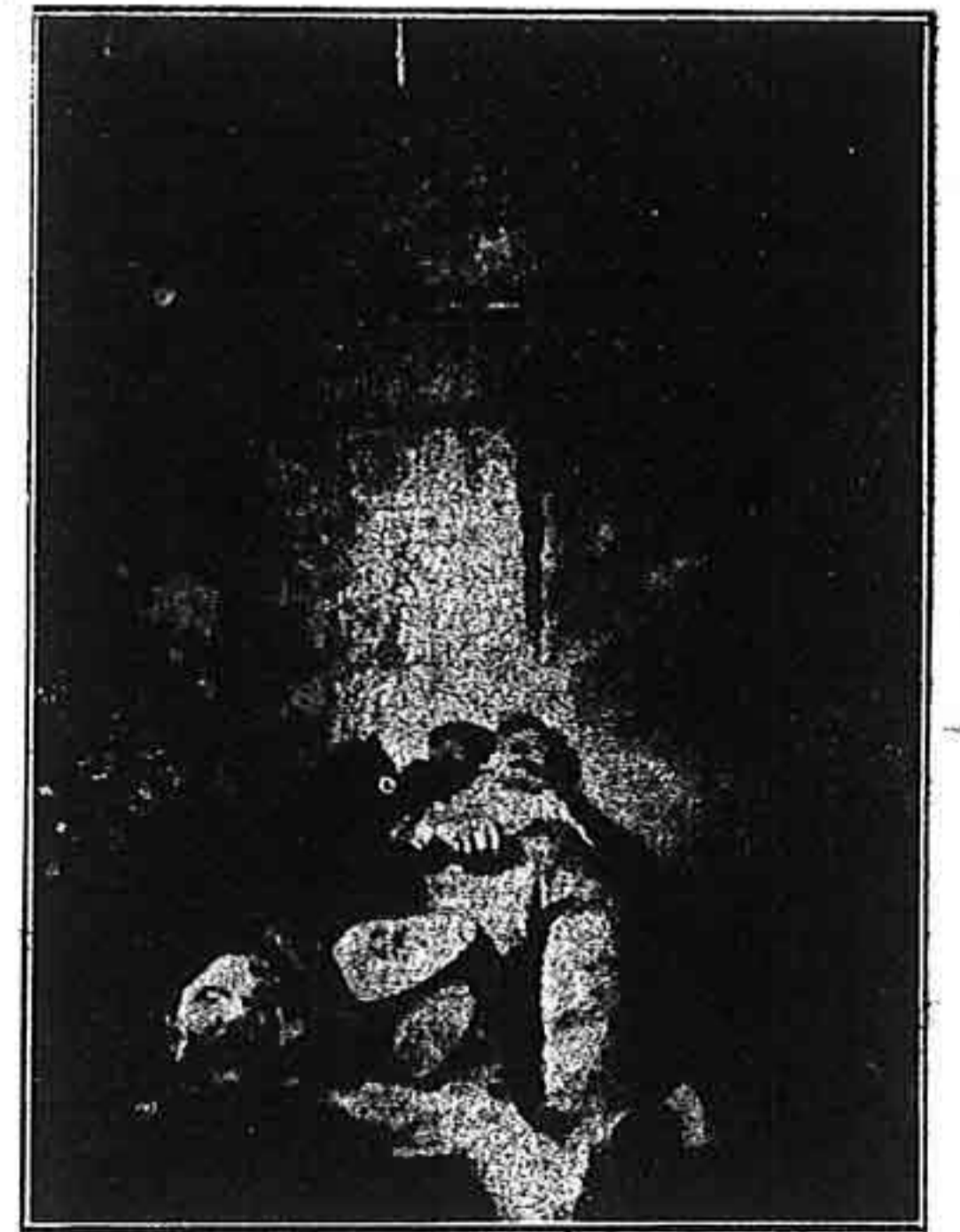
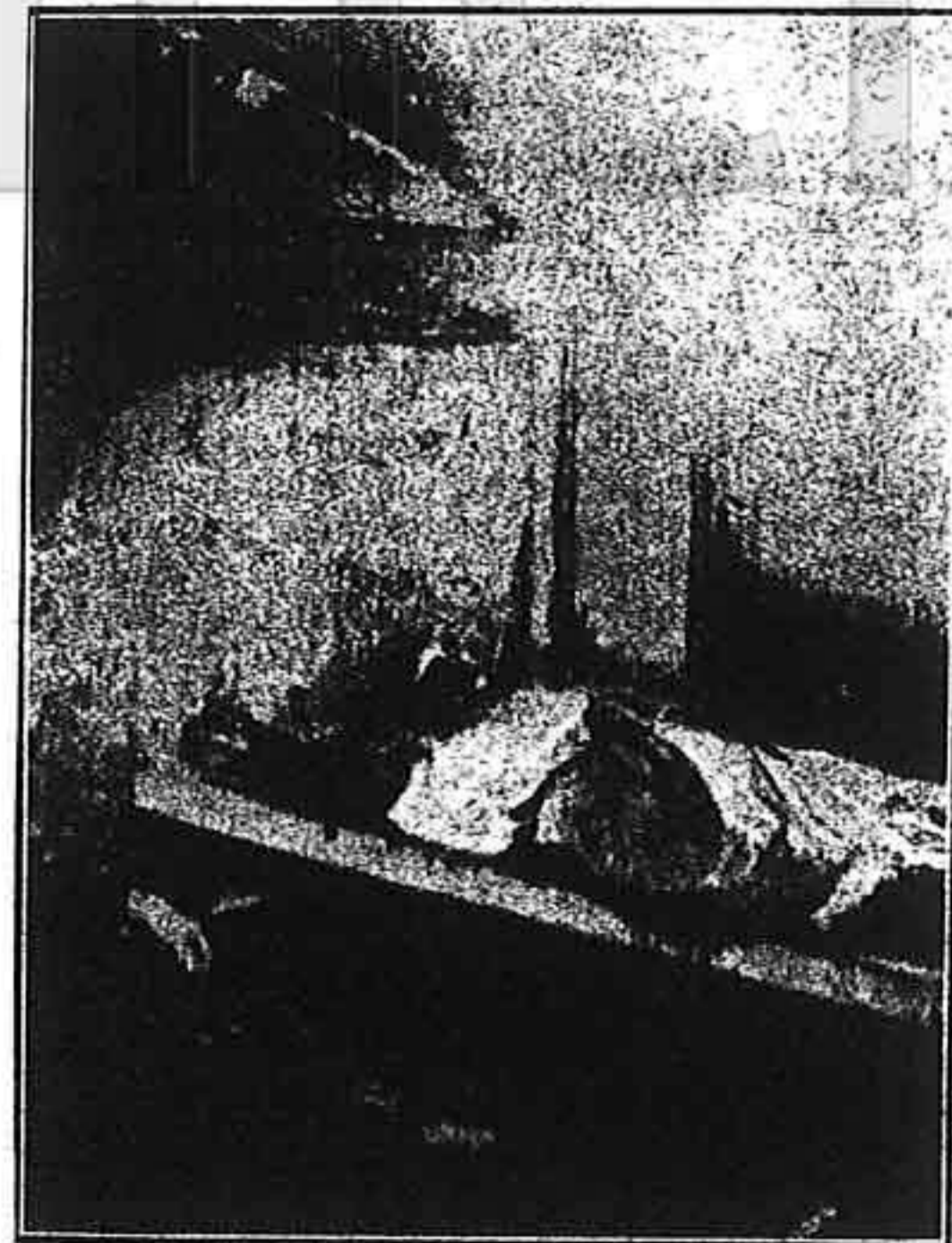
—¿Has visto la vieja del bosque?... Sí... ¡Pues bien, su marido será un voto más para mí en las próximas elecciones!... Qué quieres? Hoy es preciso corromper al pueblo.

Y mofándose, con una risa siniestra que dejó sus dientes en descubierto, añadió:

—¡Y apalearlo!



CUADROS DE LA GUERRA



FUSILADOS



BIBLIOGRAFIA

MAX NETTLAU. — *Bakunin e l'Internazionale in Italia dal 1864 al 1872.* Con prefazione di Errico Malatesta. XXXI y 397 págs. 8°. Edizione del "Risveglio", Ginebra, 1928.

Hemos reproducido en estas páginas el hermoso prólogo que escribió Malatesta para el libro de Nettlau: *Bakunin e l'Internazionale in Italia dal 1864 al 1872.* A nosotros no nos quedaría por decir sino que su presentación tipográfica, su papel, la nitidez de la impresión no dejan nada que desear. Al leer estas ricas páginas tan repletas de datos exactos sobre los ocho primeros años de la Internacional italiana, una obra que sólo Nettlau habría sido capaz de llevar a cabo, advertimos la justicia del pedido de Malatesta y del *Risveglio* sobre la necesidad de continuar esa historia hasta 1892 por lo menos, época en que se bifurcan definitivamente el socialismo autoritario y el libertario en movimientos distintos. ¿Quién podría, si no Nettlau mismo, escribir una digna continuación de este volumen? Desde 1892 en adelante sería relativamente más fácil seguir el movimiento italiano, pero hasta llegar a ese período nos hace falta un guía tan seguro como Nettlau. ¿Tendremos esa continuación? Actualmente escribe este trabajador infatigable del pensamiento una historia de la Internacional en España, de la que son capítulos detallados el volumen publicado por nosotros, *Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España, 1868-1873* (1925) y otro más, continuación de éste, que pensamos publicar dentro de breve tiempo. Esto por la parte de España; en cuanto a la idea anarquista en general, van publicados ya dos volúmenes bastante grandes y sería una pérdida irreparable que no tuviéramos por lo menos otros dos, hasta llegar a nuestros días. Realmente es pedir mucho a un solo hombre, pero no hay más que un Nettlau y las nuevas generaciones no nos autorizan todavía a decir: Lo que no haga Nettlau hoy, lo haremos nosotros mañana. Por desgracia, lo que no haga Nettlau hoy, quedará sin hacer por muchísimos años, y eso si llega a hacerse realmente.

PEDRO KROPOTKIN. — *Palabras de un Rebelde.* Prólogo de Eliseo Reclus. Un vol. de 219 págs. 8°. Precio \$ 1.20. Editorial LA PROTESTA, 1928.

Hemos querido hacer una edición responsable de este libro de Kropotkin, habiendo proyectado hacer lo mismo con las demás obras del gran revolucionario.

En las ediciones corrientes, bastante cercenadas por cierto, faltaba el hermoso prólogo de Eliseo Reclus. Además, le hemos añadido el capítulo adicional que escribiera en 1919, poco antes de su muerte. Se reparte también por la Guilda de Amigos del Libro.

GRUPO DE LOS ANARQUISTAS RUSOS EN EL EXTRANJERO. — *Plataforma de organización de la Unión General de los Anarquistas* (proyecto). Un folleto de 39 páginas. Ediciones de "Prismas", Beziers (Herauld), Francia.

Se trata de una edición española del proyecto de organización anarquista internacional de un grupo de anarquistas rusos en Francia, publicado ya en gran parte de esta revista y que ha merecido toda suerte de críticas en nuestra prensa de todos los países. El proyecto ha sido juzgado como neo-bolchevista y en consecuencia casi generalmente rechazado, no obstante algunas buenas verdades que en él se enuncian.

RAFAEL BIELSA. — *El cacique en la función pública. Patología política criolla.* Un foll. de 22 págs. en 4°. Buenos Aires, 1928.

El profesor Bielsa es una de las intelectualidades más sólidas y de prestigio mejor cimentado en este país. Su especialidad es el derecho administrativo, donde ha sabido marcar nuevos rumbos y asentar principios simpáticamente progresistas y nuevos. En este folleto trata del caciquismo, en el sentido dado por Joaquín Costa a esa palabra; tiene así una oportunidad magnífica para decir unas cuantas verdades de peso sobre la política criolla. Nos sería fácil entresacar pensamientos y apreciaciones que coinciden con los nuestros. Pero el nombre de Bielsa nos sugiere una crítica más amplia; sería preciso un libro entero para examinar a la luz de la historia este problema: la normalidad de lo que Bielsa considera patológico y la anormalidad de las abstracciones jurídicas de justicia y de libertad.

La política es como es, como este escritor la pinta en una de sus manifestaciones. No hay nada de anormal en ella; lo anormal sería pedir peras al olmo, o pretender regular la máquina del Estado según las ficciones del derecho. Y permítansenos recordar aquí que una de nuestras más profundas desilusiones sobre las teorías jurídicas la hemos recibido cuando vimos en la práctica a Woodrow Wilson, el profesor y tratadista notable de derecho político; Wilson como

gobernante dejó a la puerta de la Casa Blanca sus teorías, y al estudiar más detenidamente el mecanismo de la política y del Estado, hemos comprendido que no podía obrar de otro modo.

De todas maneras, si el tema de este folleto fuese ampliado hasta transformarlo en un libro, nosotros lo difundiríamos como propaganda antipolítica y le daríamos un título más acertado que el elegido por el profesor Bielsa; le llamaríamos: *Manual del perfecto político.*

FEDERACION UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES. — *Por la nacionalización del petróleo argentino.* 21 págs. 4°. Buenos Aires, 1928.

CAMPIO PEREZ. — *Los Humillados.* Un vol. de 92 págs. Edición J. Samet.

Se trata de una serie de cuatro narraciones novelescas con que el amigo Campio Pérez se presenta al público en un arranque juvenil de entusiasmo. Algunas imperfecciones sintácticas, de origen dialectal, serán subsanadas en lo sucesivo. Lo que importa aquí es el esfuerzo por decir algo a la humanidad y por romper lanzas en pro de un más elevado sentimiento humano.

SIMON RADOWITZKY. — *La voz de mi conciencia.* Ediciones de "Solidaridad", Montevideo, noviembre de 1928.

JUAN DE DIOS ROMERO. — *Pastoral laica.* Un folleto de 16 págs. Bogotá, 1928.

Una enérgica invocación en favor del pueblo colombiano contra la reacción militarista y clerical.

NUESTRO CANJE

España: *Acción Social Obrera*, publicación semanal, San Feliú de Guixols (Gerona). Hemos recibido algunos números hasta el 14, del 13 de octubre de 1928. Órgano de los sindicatos de la provincia de Gerona adheridos a la C. G. T. — *La Revista Blanca*, publicación quincenal; ciencias, sociología y arte, Guinardó 37, Barcelona. El último número es el 133, del 1 de diciembre. — *La Novela Ideal*, N.º 120, "Los caminos del mundo", por Federica Montseny. N.º 121, "Micaela", por Diego Ramón; a partir de los últimos números viene con tapas en colores, lo que supone un progreso creciente. La misma dirección de "La Revista Blanca".

Bélgica: *L'Emancipateur*, nouvelle serie, N.º 8, noviembre de 1928. (Camille Mattart, rue du Rousseau, 68, Flemalle-Grande).

Francia: *Le Libertaire*, organe hebdomadaire de l'U. A. C., París. Año XXXIV, N.º 180, del 23 de noviembre. — *Publications de "La Révolte"* et des "Temps Nouveaux", N.º 57, del 30 de noviembre de 1928, bajo la redacción de Jean Grave (Robinson, par Sceaux (Seine), rue Ed. About. — *Plus loin*, mensuel, N.º 44, noviembre de 1928. (Librairie Cremlieu, 11 rue de Cluny, París, 5e.). — *La Lotta Umana*, ras-

segna bimensile anárchica (72 rue des Prairies, París, XX), llegó a nuestras manos hasta el número 3 del segundo año (24 de noviembre).

Alemania: *Der Syndikalist*, año X, 24 noviembre. N.º 47 (Berlín, Kopernikusstr. 25, II). — *Die Internationale, Zeitschrift fuer die revolutionaere Arbeiterbewegung, Gesellschaftskritik und soz. Neuaufbau* (Berlín, la misma dirección del "Syndikalist"). Año II, N.º 1, noviembre de 1928.

Suecia: *Brand*, Ungsocialistiska foerbuendets organ (Nos. 47 y 48, del 24 de nov. y 1 de dic., respectivamente), Stockholm, 4. — *Arbetaren*, diario, órgano de la Sverges Arbetares Contralorganisation. Recibimos regularmente este gran diario sindicalista revolucionario que va ya por su séptimo año de vida; Stockholm, 1, Box 413. Su redactor principal es ahora Albert Jensen, uno de los más caracterizados anarquistas escandinavos.

Bulgaria: Suprimidos dictatorialmente la revista *Natchalo* y el semanario *Svobodni Rabotnik*, de Sofía; ahora sólo aparece una revista literaria libertaria: *Prostori*, de la cual hemos visto los números 5 y 6, del 15 de octubre y 10 de noviembre, respectivamente (Slavcho Bachev, ul. Pirotska, 134, Sofía).

Inglaterra: *Freedom Bulletin*, N.º 5, nov. y dic., Londres, Freedom Press, Whiteway Colony, Stroud, Glos.

Japón: *Jiyn Rengo Shimbun*, órgano de la Federación libre de los sindicatos del Japón, Tokio. Recibimos numerosos periódicos libertarios japoneses, otro, con el título en esperanto, *La krio de laboristo*, en formato de revista.

Estados Unidos: *L'Avvenata dei refrattari*, New York; año VII (N.º 44, del 24 de noviembre). — *Cultura Proletaria*, New York (hemos recibido hasta el número 90 (año segundo) de este semanario, correspondiente al 24 de noviembre). — *Il Martello*, año XIII, N.º 45, (24 de noviembre), semanario, New York. — *L'Emancipazione*, mensile libertario del west, San Francisco, Cal. (año II N.º 11, noviembre 15).

Brasil: *Accao directa* (año I, N.º 2, del 10 de diciembre), Río de Janeiro (Rua do Costa, 102). — *A luta*, órgano do grupo anárchico internacional, Porto Alegre, R. G. do Sul (hemos recibido los tres primeros números, de septiembre, octubre y noviembre respectivamente).

México: *Avante!*, quincenal (N.º 18, del 15 de noviembre), redactado por Librado Rivera, Apartado Postal 11, Villa Cecilia, Tamps.

Paraguay: *Alba Roja*, publicación quincenal, Asunción (N.º 7, del 10 de diciembre).

Uruguay: *Los Nuevos*, Montevideo (N.º 3, diciembre de 1928). — *Luz y vida*, periódico de ideas, crítica y lucha social (año 2, N.º 12), Cerro Carmelo.

Del país: *La Defensa Humana* (Año IV, N.º 10); diciembre de 1928). Villa Cañas. — *Libertad*, del sindicato ferroviario de Laguna Paiva (año I, N.º 4, del 10 de diciembre). — *El Momento*, se reparte gratis y aparecerá cuando pueda, Córdoba (N.º 1, diciembre 10).

Otras publicaciones: *Boletín de la I. M. A.*; órgano de la Internacional del Magisterio americano (Cangallo 2260, Buenos Aires); hemos recibido los números 3, 4 y 5 de esta revista que pugna por sembrar en el magisterio la idea de la agremiación y una más alta conciencia de su misión en los destinos humanos. Establecemos canje. — *El Libertador*, órgano del comité continental de la Liga antiimperialista de las Américas (Apartado postal, 613, México, D. F.), N.º 20, de noviembre de 1928.

Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.—		C. LOMBROSO y R. MELLA.—	
"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873	\$ 0.50	"Los anarquistas" (Estudio y réplica)	" 1.—
Edición especial, papel pluma	" 1.—	NIDO, ROCKER y NEMO.—	
Encuadernado en tela	" 2.50	"Nacionalismo y anarquismo"	" 0.20
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán		SEBASTIAN FAURE.—	
	" 1.20	"Mi Comunismo" (La felicidad universal)	" 2.—
Edición especial, papel pluma	" 2.—	Encuadernado en tela	" 3.50
Encuadernado en tela	" 3.50	"Temas Subversivos"	" 1.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	" 0.15	También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:	
RUDOLF ROCKER.—		La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.	
"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo	" 1.50	J. DEJACQUE.—	
"La maldición del practicismo"	" 0.10	"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus	
RUDENKO.—			" 0.50
"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	" 0.15	WILLIAM MORRIS.—	
JAMES GUILLAUME.—		"Noticias de ninguna parte"	
"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica)	" 0.20		" 1.—
MIGUEL BAKUNIN.—		ELISEO RECLUS.—	
(Obras Completas)		"A mi hermano el campesino"	
I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	" 1.50	"La anarquía y la iglesia"	" 0.10
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	" 1.50	JUAN CRUSAO.—	
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50	"Carta Gaucha". 7.ª edición	
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50		" 0.10
Los mismos, encuad. en tela	" 3.50	D. A. DE SANTILLAN.—	
ERRICO MALATESTA.—		"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo	
"Anarquía"	" 0.20		" 0.10
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri	" 0.30	AGUSTIN SOUCHY.—	
PEDRO KROPOTKIN.—		"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920)	
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno"	" 0.50		" 0.30
Encuadernado en tela	" 1.50	S. RADOWITZKY.—	
"A los jóvenes"	" 0.10	"La voz de mi conciencia"	
LUIS FABBRI.—			" 0.10
"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	" 0.50	VARIOS.—	
Encuad. en tela	" 1.50	"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.º, encuadernado en tela	
"Influencias burguesas sobre el anarquismo"	" 0.20		" 2.—
		ANSELMO LORENZO.—	
		"El derecho a la evolución"	
			" 0.10
		ANA M. MOZZONI.—	
		"A las hijas del pueblo"	
			" 0.10